

NOTAS PARA EL ESTUDIO DEL PATRÓN DE ASENTAMIENTO EN EL CENTRO DE CHIAPAS; PERÍODO PRECOLOMBINO*

Jordi Gussinyer
Universitat de Barcelona

Because settlement patterns are, to a large extent, directly shaped by widely held cultural needs, they offer a strategic starting point for the functional interpretation of archaeological cultures.

Gordon R. Willey, 1953, p. 1

Introducción

A grandes rasgos, el actual estado mexicano de Chiapas ha estado constituido, desde muy antiguo, por dos extensas regiones de configuración cultural y estructural geográfica bastante diferentes (Trens, 1957, pp. 36-7). Las dos áreas, con evidente personalidad, se desenvuelven en un ambiente sociopolítico distinto, una base económica con recursos propios en cada una de ellas, una historia común pero con proyección individual e incluso un enfoque político, consecuencia parcial de las particularidades anteriores, divergentes en algunos puntos. A pesar de todas las diferencias existentes ninguna ha llegado a romper, de manera significativa, la unidad histórica y cultural del país.

Por un lado nos encontramos con un amplio territorio compuesto de una extensa franja costera colocada entre la Sierra Madre de Chiapas y el Océano Pacífico, incluyendo en buena parte a este conjunto orográfico. Esta unidad está ocupada, en su mayor parte, por una área geográfico-cultural de mucho carácter conocida desde época precolombina con el nombre de Soconusco (García Soto, 1964, pp. 19 y 35). Área relacionada por algunos investigadores, con el antiguo señorío de los mames (Piña Chán, 1967, p. 10), que en momentos de su máxima expansión llegaría

* Estas notas estarán compuestas de tres partes: Época precolombina, período colonial (siglos XVI-XVII) y arquitectura.

hasta la «Provincia de Tehuantepec», de acuerdo con el prof. C. A. Culebro, ocupando casi la totalidad de esta parte de Chiapas. Por el otro lado, se encuentra el resto del país (Depresión Central, Altiplanicie, Montañas del Norte y de Oriente), con sus ajustes territoriales al entrar en contacto con la llanura tabasqueña, área que a partir de la conquista española se le encajó la denominación de «Provincia de las Chiapas», nombre que conserva en la actualidad el conjunto chiapaneco (Trens, 1957, p. 123) (Rubacalva, 1923, pp. 11-12). Ambas regiones, con personalidad propia, integran de forma admirable la unidad geográfica y cultural del presente estado de Chiapas, conjunto que después de un breve y ahora añorado período de independencia fue incorporado, a fines del primer cuarto del siglo XIX, a los actuales Estados Unidos Mexicanos (López Gutiérrez, 1942, pp. 213-18).

En realidad, se trata de uno de los estados menos conocidos de la República y más aún menos comprendido de la Federación debido, entre otras causas, a su propia idiosincracia y al aislamiento en el que ha permanecido por mucho tiempo del resto de México (Olvera, 1957, p. 4). Otras razones, circunstancias históricas muy definidas, propiciaron este desconocimiento y retraimiento en el que ha permanecido por mucho tiempo. No por ello deja de ser una de las unidades centroamericanas (desde el punto de vista geográfico —y cultural— Chiapas es totalmente centroamericana) de mayor personalidad y tradición artística de este conglomerado de pueblos y estados, y gracias a su venturosa lejanía del Altiplano Central de México ha podido mantener y en la actualidad sigue todavía conservando un ambiente cultural propio con personalidad muy acusada (Ricard, 1947, pp. 34-5) (Kublert, 1948, pp. 281-82), a pesar del ancestral y caduco centralismo que el Anáhuac sigue ejerciendo constantemente con el fin de diluir, hacer desaparecer si fuera posible, su peculiar forma de ser (Gussinyer, 1976, pp. 9-10).

El marco geográfico

El centro de Chiapas área de nuestro estudio carece, en principio, de unidad geográfica y hasta cierto punto histórico y cultural, puesto que participa de tres regiones —en realidad dos— claramente definidas en el interior del panorama geográfico y aún cultural del país. Estas tres áreas son las siguientes: la Altiplanicie de Chiapas casi por entero, una parte considerable del territorio que ocupa la región de Las Montañas del Norte y prácticamente la totalidad de la Depresión Central (Müllerried, 1957, mapa n.º 4). En ninguna de ellas existen límites geográficos precisos, a menudo éstos son culturales y en consecuencia bastante difíciles de concretar con cierta exactitud (Adams, 1961, p. 110) (ver m-1).

Desde el punto de vista geográfico la primera de las tres áreas se desenvuelve en el marco de una extensa zona montañosa lo que complica la idea de darle límites rigurosos. Rasgo que ya destacaba fray Antonio

de Remesal (1966, vol. II, p. 677), en sus primeros contactos con el país, señalando aquella «fragosidad» como uno de sus componentes más sobresalientes. En su configuración se presentan, con frecuencia, altas mesetas que llegan a alcanzar, en algunas ocasiones, alturas superiores a los 2.500 metros sobre el nivel del mar, extensos valles (San Cristóbal de las Casas, Comitán o Amatenango-Teopisca), otros no tan amplios desde el punto de vista cultural (Cruz Quemada o Pujiltik) y profundas barrancas las más abundantes (García Soto, 1970, p. 44). Elementos geográficos que en su conjunción crean una gran diversidad ecológica (Adams, 1961, p. 110). Goza toda la región por su altitud, a pesar de su latitud tropical, de un clima muy variado, predominando el que va de templado a frío con lluvias la mayor parte del año, pero en especial en verano y frecuentes frentes de aire frío en invierno, llamados Nortes por el pueblo (Vivó, 1961, pp. 17-8). La vegetación más común, de acuerdo con el clima, está formada por bosques de pinos, robles y encinos (West, 1964, vol. I, p. 374) (ver f-1 y f-2). Esta región natural, un poco marginal de los centros mesoamericanos de cultura, ha sido tradicionalmente el «habitat» de pueblos de estirpe maya tales como: el tzotzil (Basauri, 1940, p. 169) y el tzeltal, etnias que ocupan en la actualidad, extensas áreas del occidente y del centro-oriente del altiplano, junto con parte de levante en el que se asienta el pueblo tojolabal (Basauri, 1931, pp. 24 y 110) (Vogh, vol. I, p. 134). En realidad, esta área será el territorio preferido por los conquistadores españoles para su asentamiento a partir de la segunda mitad del siglo XVI, a pesar de haber sido desde muy antiguo una región poco poblada y atrasada desde el punto de vista cultural (Adams, 1961, pp. 106-9) (ver m-2).

La zona de las Montañas del Norte que se incluye en el centro de Chiapas está formada por altos cerros y serranías limitando pequeños valles entre ellos, conjuntos que se extienden hacia el noroeste y el noreste del país (Müllerried, 1957, pp. 22 y 48). En este caso las alturas son más suaves, el clima es tropical húmedo en los parajes más bajos y se vuelve templado e incluso frío, en ciertas ocasiones, en las partes altas (Trens, 1957, p. 71). La vegetación, siguiendo las variaciones de la temperatura, es de bosque tropical en los lugares bajos. A mayores alturas son frecuentes los bosques de pinos y de encinos (Müllerried, 1957, p. 48). Desde muy antiguo una buena parte de esta región ha estado ocupada por el pueblo zoque (Basauri, 1940, vol. III, p. 393) (Vivó, 1961, p. 18), relacionado su tronco lingüístico con las lenguas mayas. Se trata, en su semblante cultural de un territorio poco conocido en sus aspectos precolombinos, pero a partir del siglo XVI fue una zona con abundantes asentamientos coloniales. La profusión y calidad de las fundaciones dominicas, en este período de la historia de Chiapas, nos lo demuestran. Las razones pueden haber sido, entre otras, su potencial económico alcanzado por medio de la suavidad del clima, las posibilidades agrícolas de sus tierras y el haber sido, desde muy antiguo, la vía natural de comunicación entre el Altiplano-Depresión Central y la costa del Golfo de México (Tho-

mas, 1974). Por ser, en parte, un espacio en constante declive hacia la llanura tabasqueña tal vez no propició las condiciones necesarias para la creación de grandes fundaciones religiosas a excepción de Tecpatán y Quechula con una situación privilegiada, pero si dio lugar a un buen número de ellas (ver m-2).

La Depresión Central ha constituido desde épocas muy remotas un corredor natural de extraordinaria importancia por el que han circulado y se han establecido, en algunas ocasiones, un gran número de pueblos (Vivó, 1961, pp. 16-7). Está integrada en la mayor parte de su extensión, por una planicie hundida colocada entre la Sierra Madre de Chiapas y el Altiplano chiapaneco. Área por el que transcurre el río Grijalva, conocido a su vez en diversos tramos de su recorrido medio y superior a su paso por Chiapas, con los nombres de: Chejel, Grande de Chiapa o Mezcalapa (Trens, 1957, p. 39). Se trata, dentro de su unidad geográfica, de un extenso territorio de más de 250 kms de longitud que escasamente sobrepasa los 500 metros sobre el nivel del mar. Región natural en su totalidad de clima tropical seco, con escasas lluvias, semiárido en algunas zonas (Müllerried, 1957, pp. 25-6) (García Soto, 1970, p. 41) (ver f-3 y f-4). En la actualidad desarrolla una vegetación típica de sabana (West, 1964, vol. I, p. 381) (Navarrete, 1966, p. 2), con pequeñas intrusiones de pináceas hacia el sur al entrar en contacto con la Sierra Madre de Chiapas (Vivó, 1961, p. 15) (Helbig, 1964, pp. 37-60), o de tupida vegetación tropical en las partes cercanas al río Grijalva o algunos de sus afluentes. Una porción del área, la occidental, ha estado ocupada, desde muy antiguo, por el pueblo zoque, etnia que todavía se encuentra establecida en el centro y el oeste de la región y por algunos grupos dispersos de tzotziles y sobre todo tzeltales, ambos pueblos de tradición cultural y lingüística maya, que ocupan el área central y oriental del territorio cercano al cauce del río Grijalva (Foster, 1969, vol. III, p. 451) (Vivó, 1961, p. 16) (Miles, 1965, p. 277). En una determinada época, durante el horizonte Posclásico mesoamericano, se instaló en la zona central el pueblo chiapaneco (Lowe, 1965, vol. II, p. 451) (Navarrete, 1966, p. 89), etnia que a principios del siglo XVI de nuestra era dominaba casi la totalidad de la región central de la Depresión chiapaneca (Navarrete, 1966, pp. 16-7), llevando por medio de incursiones bélicas, saqueos y conquistas temporales su influencia a la Altiplanicie (Dahlgren, 1966). Acontecimientos que nos recuerda de manera muy clara el padre Gregorio García: «Siempre tuvieron guerra con los indios tzotziles, tzeltales y cabilés, que eran sus vecinos y comarcanos por la parte de la sierra», incluso en rápidas penetraciones llegaron hasta las Montañas del Norte (Remesal, 1966, p. 659) (Vivó, 1961, p. 16) (Trens, 1957, p. 70) (Palacios, 1928, p. 38).

Estos dos ambientes geográficos Depresión Central —árida y calurosa— y Altiplanicie —fría y arbolada— tan distintos desde cualquier punto de vista desarrollaron dos núcleos y dos formas culturales —una precolombina y la otra colonial— diametralmente opuestos, completamente

diferentes, zonas que con el transcurso del tiempo se han transformado en los crisoles de la personalidad cultural chiapaneca distinta, aceptando contactos y relaciones de cuanto la rodea.

La época precolombina

The settlement pattern of a village generally reflects the natural environment, the level of technology of its inhabitants, the density and the composition of its population, and the elements of social interaction necessary to maintain the unity of the settlement.

Stephan F. de Borhegyi. 1956, p. 101

Los escasos estudios arqueológicos realizados en la región de las Montañas del Norte sobre todo en el área de nuestro interés, nos impide dar un panorama más o menos coherente de esta parte de Chiapas durante el período precolombino. Por ningún motivo debe de pensarse que por estas circunstancias se trata de una zona pobre desde el punto de vista cultural mesoamericano.

A causa de su limitada incidencia, hasta ahora, en la arqueología de Chiapas, la etapa precolombina de las presentes notas se reducirá a las dos áreas restantes —Altiplanicie y Depresión Central— de las que se han logrado algunos conocimientos más amplios, pero a pesar de todo todavía muy superficiales.

a) *La Altiplanicie chiapaneca*

Durante el desarrollo de las culturas precolombinas la Altiplanicie, exceptuando casi la totalidad de la denominada «Provincia de los Llanos» en época colonial (la parte oriental de las tierras altas centradas en el valle de Comitán y áreas de su influencia), se desarrolló en un ambiente de atraso y aislamiento cultural con respecto al resto de Chiapas y de Mesoamérica (Adams, 1970, p. 43) (Culpert, 1965, p. 1). Ambiente de pobreza cultural que con raras excepciones duró hasta el momento de la conquista española, como nos lo recuerda el padre Antonio de Remesal en algunas de las descripciones en su obra. A pesar de haberse convertido durante el período colonial en el centro cultural más próspero y, tal vez, el área más poblada de Chiapas sigue siendo en la actualidad, con todo y los cambios históricos y el tiempo transcurrido, una región marginal de escasa incidencia en la vida moderna (Adams, 1970, p. 44) (Lowe, 1965, vol. II, p. 232).

Aquella situación de atraso, a caso aislamiento, quizás indiferencia de cuanto la rodea podría haberse originado en las características geográficas propias del Altiplano, puesto que, como ya se ha anotado, se trata de una zona extraordinariamente montañosa con muchos valles profundos casi barrancas y poco comunicados entre sí (Coe, 1963, p. 27). Consecuencia quizá de su peculiar y compleja geografía de escasa importancia para el progreso de la agricultura, el comercio y el desarrollo de

las relaciones humanas condicionó que los focos culturales de época precolombina se desarrollaran, de preferencia, en las tierras bajas (Coe, 1963, p. 27) de la Depresión Central chiapaneca y en las regiones del noreste de la llamada «Provincia de los Llanos», las dos zonas de clara incidencia cultural maya. A pesar de la escasa información arqueológica que se posee, en la actualidad, acerca de las Tierras Altas de Chiapas (Adams, 1970, pp. 43-4), ésta nos insinúa que fue desde antiguo una región poco prometedora, quizá por razón de su configuración geográfica y su situación alejada de los centros de actividad cultural, para el establecimiento de las primeras comunidades agrícolas (McVicker, 1970, p. 99), circunstancia que pudo haber influido en su escaso desenvolvimiento posterior.

Esta extraña situación de aislamiento físico y cultural en el que permaneció sumido una gran parte del Altiplano chiapaneco durante casi todo el período precolombino, se manifiesta con toda claridad desde las primeras etapas del Preclásico, período en el que se hace patente la limitada presencia y la pobreza interna de los exiguos asentamientos encontrados hasta ahora de esta época (McVicker, 1970, p. 93) (ver p-1), en contraposición a su abundancia y preponderancia en regiones bastante cercanas de configuración semejante como podrían ser, por ejemplo, las Tierras Altas de Guatemala y sobre todo, aunque sea de conformación geográfica muy diferente, el vecino valle del río Grande de Chiapa, área en la que ya se desarrollaba durante este prematuro horizonte una importante cultura local (Adams, 1961, p. 106; 1970, p. 48) (Lowe, 1959, pp. 10-14) (Cos, 1963, p. 27) de complejas y lejanas raíces y envoltura de influencias premayas. Un ejemplo claro de esta situación la constituye la cercana Depresión Central de Chiapas que desenvuelve desde épocas tempranas una próspera agricultura de regadío por inundación y humedad en las tierras de bajal junto al Grijalva y sus afluentes y, con sistema de roza en áreas más alejadas del río. Métodos agrícolas que propiciarán, más adelante, una extensa gama de cultivos. Desde el punto de vista arquitectónico se hace patente aquel temprano desarrollo económico por medio de la presencia de reducidos pero bien construidos juegos de pelota con el sistema de marcadores, tradicional en diversas zonas del sur de Mesoamérica, junto con otras obras cívico-religiosas (Gussinyer, 1972, pp. 10-11) (ver f-7 y f-8).

Por los datos arqueológicos obtenidos hasta ahora existe la creencia de que aquel ambiente de retraimiento cultural no mejoró mucho con el transcurso del Clásico, a pesar de haberse observado, durante aquella etapa mesoamericana, un notable desarrollo en el ambiente cultural (Adams, 1970, pp. 43-50) (Piña, 1967, p. 21) (Culbert, 1965, p. 79) (McVicker, 1970, pp. 93-99). Progreso que se obtiene con los aportes de poblaciones nuevas procedentes de las tierras bajas mayas, movimiento migratorio que al parecer estaría relacionado con el establecimiento de pueblos tan significativos para la Altiplanicie chiapaneca como son los tzotziles y tzeltales (Culbert, 1965, p. 82) (Piña, 1967, p. 21) (Lowe, vol. II, p. 234). Aquel

aumento de población lleva consigo una notable disminución de la influencia de la Depresión Central que hasta ahora se había notado con cierta intensidad, predominio cultural que se va sustituyendo con nuevas formas de cultura de tradición maya (Adams, 1970, pp. 50-1). Sin embargo, a pesar de estos cambios que sin lugar a dudas mejoran el ambiente cultural de los Altos de Chiapas, la Altiplanicie permanece sin relación directa y frecuente con los cercanos centros de cultura de su tiempo (Adams, 1970, pp. 49-50), tales como Chincultik o Toniná sólo por citar los más próximos y tal vez otros a orillas del Grijalva.

A partir de las últimas etapas del horizonte Clásico y el Posclásico temprano, las tierras altas de Chiapas caerán de nuevo en aquel endémico aislamiento que el Clásico en buena parte había interrumpido. Este nuevo retraimiento se muestra claro en la gradual transformación de los focos de organización territorial, centros que se orientan hacia una nueva integración política y social, que lleva consigo la adaptación de los patrones de asentamiento a esta reciente situación. Mientras que en la mayor parte de Mesoamérica el cambio de un horizonte al siguiente fue brusco, rápido, hasta cierto punto precipitado, en las Tierras Altas de Chiapas se trató de un proceso gradual que iba a durar varios siglos, consecuencia tal vez de esta etapa de nueva desconexión al no coincidir en ellas de manera directa las corrientes y los movimientos culturales de su tiempo. En este sentido hay que tener en cuenta que la influencia tolteca-mexicana, por ejemplo, importante en otras partes de Mesoamérica e incluso de Chiapas fue, en realidad, muy débil en la Altiplanicie chiapaneca (Culbert, 1965, p. 85) (Coe, 1963, p. 89).

Hacia finales del siglo XV, en pleno horizonte Posclásico, con todo y existir una mayor cohesión y conexión con algunos grupos mesoamericanos fuera del área, proseguía la Altiplanicie chiapaneca sumergida en un profundo aislamiento y atraso con relación a las regiones vecinas, zonas que, en buena parte, también sufrían el desaliento cultural de su tiempo (Provincia de los Llanos, Altos de Guatemala y Depresión Central) (Adams, 1961, p. 109). Prueba de ello nos lo demuestran las primeras campañas aztecas con la finalidad de obtener el dominio de Chiapas, operaciones que alcanzaron cierta relevancia en las tierras bajas de la cuenca media del Grijalva y sobre todo en el Soconusco hasta llegar casi a Guatemala (Vivó, 1954, p. 445) (Coe, 1963, p. 40), pero traducándose en los Altos de Chiapas en efímeras y dudosas conquistas que con el tiempo finalizaron en débiles y superficiales establecimientos de guarniciones o centros de intercambio comercial (Adams, 1970, pp. 72-3) (Vivó, 1954, p. 444) (León Portilla, 1963, p. 105).

*Allá en' Tzinacantan se produce
el ámbar y las grandes plumas de quetzal...
También las pieles de tigre...
los comerciantes disfrazados
por primera vez encontraron
todo lo que allí se produce...*

(Informantes de Sahagún. C.M.)

Los aztecas tratarían de evitar esta región por causa de la fuerza y belicosidad de sus habitantes (Ixtililxóchitl, 1965, vol. II, p. 271) (Díaz del Castillo, 1968, vol. II, pp. 142-3), o tal vez por los escasos alicientes económicos que por sí misma podría proporcionarles a los mexica esta zona de Chiapas (Adams, 1970, p. 73). En tal caso Zinacantan (ver (f-1) —conquistada por Moctecuzoma II Xocoyotzin— funcionaría para los mexica como un centro comercial de aprovisionamiento, receptor de lejanos y exóticos artículos más que cabecera de una zona tributaria de materias primas y otros productos de la región a los monarcas aztecas, pasando los tenochca en sus afanes expansivos de largo de la mayor parte del área en su camino hacia lugares mucho más prósperos y económicamente más accesibles y ricos (Adams, 1961, p. 109), como por ejemplo el valle de Comitán que ya aparecía en las listas de conquistas de Ahuítzotl. A pesar de todo Zinacantan funcionó siempre como un importante centro comercial, relacionado o no con los aztecas (Dahlgren, 1966).

En el transcurso del horizonte Preclásico tardío los pocos sitios estudiados se localizan en las partes bajas de los valles y se construyen las estructuras religiosas y civiles sobre las mismas tierras de cultivo, sin la más mínima preocupación defensiva. Los escasos edificios ceremoniales estarían mezclados y en íntima relación con las casas-habitación de los agricultores, confundándose unos y otras junto a las milpas (Culbert, 1965) (ver p-1). Los cambios, en cuanto a patrones de asentamiento se refiere, entre esta etapa y la siguiente serán muy claros, puesto que a los asentamientos sin problemas de localización consecuencia de una relativa tranquilidad ambiental y escasa población, se pasará, con el tiempo y sin precipitación, a lugares escarpados y de difícil acceso durante el transcurso del período subsiguiente (Culbert, 1965, p. 79) (ver p-2, 3 y 4) (Miles, 1965).

Con el paso del horizonte Clásico temprano los establecimientos humanos comienzan a alejarse de las partes bajas de los valles para ir ocupando lugares en las colinas cercanas. El cambio en la localización de los nuevos patrones de asentamiento de una horizonte al otro no será brusco como debe de haber ocurrido en otras partes de Mesoamérica sino lento, gradual (Culbert, 1965, p. 79). Más adelante, en el Clásico tardío y una buena parte del Posclásico temprano la organización sociopolítica del Al-

tiplano se caracterizó por su fraccionamiento en comunidades independientes de escasa extensión, mentalidad bélica y limitado potencial económico (Adams, 1970, pp. 43-50) (Dahlgren, 1966), con pocos nexos y contactos culturales y comerciales entre ellos (Coe, 1963, p. 27), desapareciendo, si es que existieron durante el Clásico medio, unidades más extensas de base regional. Coincidiendo, de acuerdo con los datos obtenidos, con el inicio de una etapa de luchas internas muy propias del momento histórico, pugnas que en buena parte pudieron haber influido en la ubicación de los asentamientos y en la distribución y composición interna de tendencia compacta de sus centros de población (Coe, 1963, p. 40) (Miles, 1965, p. 278). Para comprender con exactitud este cambio del panorama cultural del Altiplano hay que tener en cuenta la exigua presencia de la cerámica «fine orange» y «plumbate» en la mayor parte de los sitios del Clásico tardío y del Posclásico temprano (Culbert, 1965, p. 85) (Lowe, 1965, vol. II, p. 234), lo que nos viene a demostrar la pobreza del ambiente, el aislamiento del área y en consecuencia la escasez de los tan necesarios contactos comerciales de la Altiplanicie chiapaneca con sus vecinos las Tierras bajas mayas y las Altas de Guatemala.

Este ambiente de incertidumbre, en cierto modo de desconfianza y de luchas internas se refleja en la formación de un patrón de asentamiento agrupado y emplazado en parajes de difícil acceso y fácil defensa, como, en realidad, era la tónica general en la mayor parte de Mesoamérica durante este período (Adams, 1970, pp. 53-55) (Miles, 1965, p. 278). Lo que vendría a demostrarnos una vivencia pareja a pesar de su aparente marginalidad, no exenta de cierto retraso, como han querido ver algunos investigadores, de las tierras altas chiapanecas con relación a los acontecimientos históricos que ocurrían en el resto de Mesoamérica.

Se buscaba para lograr la necesaria protección altas colinas escalonadas, espacios escarpados, la parte superior de peñascos, sitios protegidos con precipicios, etc. (ver de p-2 a p-8) (Miles, 1965). Se procuraba a su vez que aquellos parajes se localizaran en las cercanías de valles o barrancas en las que se pudiera llevar a cabo diversas formas de agricultura para obtener una aceptable subsistencia. Ejemplos típicos podrían ser algunos sitios localizados en las cercanías de los valles de Teopisca, Amatenango, de Aguacatenango, de Cruz Quemada e incluso de Pujiltik. La protección de los espacios destinados a vivienda obedecía a razones tan claras de defensa que se llegó al extremo de completarse los lugares escogidos para habitación y de reunión con adaptaciones artificiales, mejorando de esta manera las ventajas de abrigo y protección que ofrecía un determinado sitio. Ejemplos inconfundibles de esta nueva forma de vida era la construcción de amplias terrazas escalonadas con muros de contención de piedra sin labrar de una altura que debe de haber llegado en algunas ocasiones hasta los cuatro metros. Las áreas planas de la parte superior se destinaban a zonas de habitación (Lowe, 1965, p. 234). Era muy

común en esta época terracear las colinas escarpadas de forma casi simétrica a manera de como troncado destinando la parte superior protegida con fortificaciones a recinto ceremonial y área de refugio de la población inmediata (ver p-3 y p-4). En las terrazas inferiores se levantarían de manera más o menos compacta las casas-habitación. Esta disposición se generaliza y parece ser que se repetía en muchas comunidades (Adams, 1970, p. 60). Cuando una colina no era suficiente se adaptaban varias cercanas, buscando de esta manera la necesaria protección de la población cercana y de sus centros religiosos (ver p-6 y p-7). En otras ocasiones se ocupaba la parte superior de un pequeño núcleo montañoso instalándose las casas-habitación de forma dispersa y el centro ceremonial que a ellas servía en condiciones semejantes.

Uno de los sitios típicos con las características inconfundibles de este período en cuanto se refiere a patrones de asentamiento, lo constituyen Cerro Chavín (ver p-2) o Yerba Buena (ver p-4). El primero se levantaba en la parte superior de un extenso promontorio, casi inaccesible por todas partes excepto por una en la que se encontraba la entrada al lugar, protegida a su vez por un sistema defensivo de muros. Yerba Buena, otro sitio muy significativo de esta época, es tal vez el lugar más extenso e importante de las Tierras Altas de Chiapas. Su configuración de tendencia amplia y compacta le daba un semblante casi urbano. El lugar de su emplazamiento y el desarrollo apiñado obedecen a los comportamientos sociopolíticos de su época, pensados a base de extensas comunidades independientes organizadas y protegidas con fuertes dispositivos de defensa. Yerba Buena, siguiendo la teoría anunciada de emplazamientos de este período, se alzaba junto al valle de Cruz Quemada, de configuración no muy extensa, pero de buenas tierras con posibilidades de abastecerse de abundantes cosechas.

Es necesario anotar que los asentamientos precolombinos del Altiplano casi nunca tuvieron lugar a altitudes superiores a los 2.500 metros, la calidad excelente de las tierras de cultivo hasta aproximadamente aquella cota favoreció los asentamientos fueran compactos o dispersos. A partir de la colonia es cuando empieza la explotación intensiva y sin escrúpulos de estas tierras a base del sistema de encomiendas establecido por los recién llegados, obligando a la población indígena a refugiarse e instalarse con carácter permanente en cotas superiores a la indicada, en las que permanece todavía hoy día (Adams, 1961, p. 110). Junto a la tendencia compacta que prevalecía en los patrones de asentamiento durante el horizonte Posclásico temprano, hay que tener en cuenta la existencia de formas más abiertas de asentamiento, modelos que en cierta manera recuerdan pautas actuales de habitación, en áreas abruptas y un poco marginales.

Aquel ambiente de tendencia bélica que se exteriorizaba en una peculiar forma de asentamiento humano que recordaba patrones de vocación compacta obedecía, en buena parte, a lejanas influencias tolteco-mexicanas

de las primeras etapas del horizonte Posclásico y algo a influencias mayas del Clásico tardío (Shook, 1956, p. 94), período en el que las confrontaciones de carácter guerrero eran bastante frecuentes en el interior de la cultura maya como nos lo demuestran, a menudo, los restos arqueológicos obtenidos hasta ahora, contradiciendo la tradicional creencia en sentido opuesto. De esta manera el patrón de asentamiento abierto de tradición maya y que coexistía con el compacto se vería afectado por esta preeminencia bélica del horizonte Clásico en sus últimas etapas de desarrollo.

La arquitectura que con frecuencia nos da a conocer, a veces hasta el mínimo detalle, el ambiente cultural, social e incluso el momento político y las influencias externas de un pueblo en un determinado período histórico, en el interior de una área geográfica específica, nos muestra este mismo panorama de aislamiento, zozobra y atraso por el que se desenvolvía esta región del centro de Chiapas. Esta impresión se puede observar con toda claridad si tomamos en consideración algunos de los elementos más sencillos, pero definidores, de la arquitectura mesoamericana, que por serlo no son menos valiosos y los aplicamos a las más extensas y al mismo tiempo sobresalientes zonas arqueológicas de la Altiplanicie chiapaneca. Al llevar a cabo esta idea observamos de inmediato que los centros ceremoniales y las zonas de habitación que de ellos dependen, se distinguen durante una parte del horizonte Clásico y el Posclásico casi por completo, por una falta de atención hacia las grandes estructuras de carácter religioso (Adams, 1961, p. 108; 1970, pp. 44 y 59) entre las que se incluían los basamentos escalonados, las plazas bien trazadas y las grandes plataformas. Esta misma decidida constructiva que se muestra en la arquitectura religiosa se nota todavía más acentuada en las escasas construcciones civiles existentes en aquellos lugares. Nos damos cuenta que a excepción de unos pocos juegos de pelota y de algún basamento piramidal con ciertas pretensiones arquitectónicas (Piña, 1967, p. 21), las construcciones ceremoniales más importantes no pasarían de ser la sencilla plataforma-altar más o menos extensa sin ambiciones constructivas de ninguna especie, mezclándose con humildes estructuras de materiales perecederos. Faltando casi por completo la escultura en piedra o argamasa, los recubrimientos de piedra labrada (Adams, 1970, p. 59) y parece ser que sólo en los centros más significativos se empleaba el estuco aplicado a pisos y muros. Hemos de imaginarnos que tanto los templos más destacados por su sentido religioso, las construcciones civiles más sobresalientes así como las casas-habitación serían, en realidad, sencillas estructuras de bajareque o de adobe, los dos materiales y sistemas constructivos de larga tradición en toda el área de nuestro estudio (Adams, 1970, p. 60). Finalmente habría que agregar que el tamaño de aquellos centros ceremoniales era bastante reducido en relación a la extensa población

que, con toda seguridad, atendían. Las características arquitectónicas de los centros religiosos en las áreas con tendencia a la población más o menos agrupada, fuera por influencia tolteca-mexicana o por las circunstancias que de aquella influencia se deriban en el área maya, eran las mismas que en aquellos lugares en donde esta forma compacta de habitación no prevalecía. Sitios que el ambiente geográfico y la tradición cultural permitirían el centro ceremonial rodeado de viviendas unifamiliares o de pequeñas rancherías dispersas por las cercanías.

Este panorama de pobreza material e incluso espiritual que nos insinúa la arquitectura del Clásico tardío e inicios del horizonte siguiente, no mejora con el paso del tiempo, puesto que durante el transcurso de las etapas finales del Posclásico ya cerca del colapso mesoamericano, a principios del siglo XVI, en muchos sitios la arquitectura continuaba siendo bastante descuidada en el concepto y en los detalles constructivos. Este juicio se materializa en la escasa imaginación de los encargados del sencillo proyecto arquitectónico en el interior de un determinado conjunto y en la mediocre calidad de la mayor parte de ellos. La persistencia de aquella obstinada pobreza arquitectónica obedecería, en áreas poco accesibles o más sensibles a los aportes culturales del Altiplano Central mesoamericano, a la prosecución en ellas de luchas internas y en consecuencia, la continuación del aislamiento cultural y de los asentamientos en lugares protegidos e incluso fortificados (Piña, 1967, p. 21) (Díaz del Castillo, 1968).

Aquel ambiente de pobreza espiritual y material que reflejan la mayor parte de los sitios arqueológicos del horizonte Clásico tardío y el Posclásico en las tierras altas de Chiapas, tal vez sólo se salva la región del valle de Comitán y su área de influencia, puesto que esta parte del Altiplano chiapaneco recibe de forma mucho más intensa que el resto de la región los aportes culturales mayas (Culbert, 1965, p. 83) y, a través de esta zona penetrarían al resto del Altiplano. A causa de este intenso predominio maya algunos investigadores dudan de la inclusión del valle de Comitán—desde el punto de vista cultural— a formar parte de las tierras altas de Chiapas (Culbert, 1965, p. 2). En cuanto a su conformación geográfica por razón de su menor altitud podría quedar en una área intermedia entre las tierras bajas y la Altiplanicie.

El origen de aquella influencia habría que buscarla en la cercanía de sitios de cultura maya de cierta significación. En este sentido sería bueno citar algunos de los «tenams», como podría ser Tenam Puente, otro lugar destacado correspondería a Chincultik y algo más alejado el importante centro de Toniná. Lugares todos ellos que servirían de puente y de referencia para una intensa influencia maya procedente del cercano valle del Usumacinta. Predominio que con el tiempo se extendería por una buena parte del Altiplano, hasta alcanzar áreas fuera de él (McVicker, 1970, p. 86). El influjo maya se hace patente no sólo en la localización y distribución interna de los edificios ceremoniales, sino que se traduce a su

vez en la calidad constructiva de todas las estructuras arquitectónicas que componen la mayor parte de aquellos asentamientos en la antigua «Provincia de los Llanos» (ver p-5).

Una de las características más destacadas en cuanto se refiere a los asentamientos en esta parte de las tierras altas era el magnífico emplazamiento de los centros ceremoniales. Para su localización se trataba de encontrar lugares algo elevados con magníficas vistas sobre los valles inmediatos, lo que viene a demostrarnos la gran habilidad de los antiguos mayas y los pueblos bajo su influencia, para escoger los sitios más adecuados para el emplazamiento de sus centros de cultura (Blóm, 1927, vol. II, p. 428). Dentro de estas características en el valle de Comitán vale la pena citar los ya mencionados «tenams» (lugares fortificados), aunque la mayor parte de ellos corresponden a una etapa más allá del Clásico. Por lo general se trataba de espacios localizados en zonas de difícil acceso y amplias vistas sobre el extenso valle de Comitán, en algunas ocasiones protegidos con elementos defensivos. En estas condiciones aquellos lugares quedarían dentro de las líneas generales de los centros de población para esta etapa de las Tierras Altas de Chiapas. La calidad arquitectónica de sus estructuras religiosas o civiles sería muy superior a lo que se ha indicado hasta este momento para el resto del área. En Tenam Puente, por ejemplo, las estructuras ceremoniales llevaban recubrimiento de piedra labrada junteada con barro batido, formando en algunas ocasiones basamentos piramidales de varios cuerpos (Blóm, 1927, vol. II, pp. 421-430). Otro sitio representativo de esta época fue el de Hun Chavín, a las afueras de la actual ciudad de Comitán. En este lugar se destaca, a pesar de las pocas excavaciones realizadas, un excelente basamento piramidal con subestructuras o muros de contención interiores que revelan la importancia del sitio que estamos tratando. Todo ello impregnado de influencias mayas que se materializaban en algunos elementos arquitectónicos tales como: escalinatas monumentales y construcciones en piedra labrada de buena calidad. Su localización obedecía a los principios anunciados (Blóm, 1927, vol. II, pp. 515-16) (Palacios, 1928, pp. 63-8).

De acuerdo con algunos investigadores este alto nivel cultural alcanzado en el valle de Comitán, en contraposición al resto del área, estaría relacionado con el grupo lingüístico tojolabal de ascendencia maya y de mucha influencia en la región en fechas tan tardías como podrían ser los inicios del siglo XVI. Contradiendo en parte esta idea, parece ser que la ciudad de Comitán y sus cercanías serían de habla tzeltal a la llegada de los españoles (Calnek, 1970, pp. 111-1116).

Junto a todo lo anterior, parece ser que dentro de etapas tempranas del horizonte Posclásico algunas comunidades importantes pretendían establecer un control territorial más amplio y rígido dentro de una área específica. Un ejemplo típico de esta posición lo constituye el sitio de

Na Balam, comunidad que intenta influir sobre la totalidad del extenso y fértil valle del río Tzaconejá (Adams, 1970, p. 66). Aquellas primeras tentativas evolucionaron durante etapas tardías del horizonte Posclásico en unidades más extensas que pugnarón por llegar a formas de gobierno más complejas, sobre la base de mancomunarse comunidades cercanas que aceptarían someterse a nuevos patrones de control político, social y religioso (Adams, 1961, p. 109; 1970, p. 43). Este cambio, esa evolución social y política fue con el tiempo adaptándose hacia nuevas formas de gobierno que, más adelante, se transformaron en grandes cacicazgos (Trens, 1957, p. 69), sistema de autoridad que caracterizará el ambiente social y político de las tierras altas de Chiapas durante una buena parte del horizonte Posclásico tardío. Tanteos de señorío que, según parece, se encontraban a la llegada de los españoles atravesando por una profunda etapa de decadencia y desorganización interna (Cámara, 1966, pp. 30-1). Además existe la posibilidad, con cierta base de garantía, que de existir aquellos cacicazgos es muy probable que estuvieran vinculados con los grupos lingüísticos más significativos del área de nuestro estudio o en subdivisión de ellos. Hecho que de ser así aprovecharían, más adelante, los primeros frailes dominicos para establecer sus puntos claves de evangelización y crear su distribución interna sobre la base de aquellas unidades político-lingüísticas a la hora de organizar toda el área desde el punto de vista eclesiástico, con el sistema de las extensas vicarías.

En etapas ya cercanas a la conquista española estos nuevos comportamientos sociopolíticos conllevan la existencia de una mayor seguridad interna en aquellas comunidades que adoptan el sistema. Confianza que lleva consigo una clara tendencia a abandonar los parajes altos de fácil defensa y difícil acceso, y la decidida intención de instalar los nuevos centros religiosos y las unidades de habitación que de ellos dependen a lugares más abiertos, más accesibles y mucho más cercanos a las partes bajas de los valles más amplios y productivos de la Altiplanicie (Adams, 1961, p. 109), con lo cual se obtenían patrones de asentamiento y pautas de explotación agrícola más extensos con mayores posibilidades de control y dedicación, todo ello fruto indudable de este nuevo proceder sociopolítico que se refleja, al mismo tiempo, en un patrón de asentamiento adaptado a las circunstancias del momento histórico. Un ejemplo típico de este nuevo enfoque en etapas finales del horizonte Posclásico los constituye el sitio de Copanaguastla (ver p8) (ver f-4), centro cívico-religioso que aglutinaba otros más pequeños en los que se desarrollaría una intensa actividad agrícola en áreas cercanas al río Grijalva y a su afluente el San Vicente. De ahí que a principios del siglo XVI, la comunidad de Copanaguastla fuera considerada por los cronistas españoles de su tiempo como una de las «ciudades» más importantes del mundo precolombino chiapaneco. Se ha llegado a insinuar que estas nuevas formas de gobierno y los asentamientos que de ellos deriban podrían corresponder a una disminución lenta pero constante de la población durante el horizonte Posclásico

tardío, más que a una redistribución de su contenido (Adams, 1961, p. 109), o sea que el momento más alto de densidad de población correspondería al Clásico.

Aquel nuevo enfoque sociopolítico que se exteriorizaba en un complejo esbozo de cacicazgos, se materializaba en la clara disposición de algunos grupos dispersos de población o de pequeñas unidades más o menos compactas a formar conjuntos de comunidades mucho más organizadas, congregaciones que girarían cada una de ellas en torno a un centro aglutinador que podría funcionar como una especie de «capital» (Adams, 1970, pp. 71-2). Cabecera que con el tiempo alcanzaría a influir política y socialmente sobre una extensión territorial algo más amplia. Este podría ser, tal vez, el caso de Zinacantán (ver (f-1) o de Chamula en los albores de la conquista española, comunidades que llegaban a controlar, como nos indican las fuentes, un determinado número de aldeas cuya población se refugiaría en alguna cercana ciudadela cuando percibían la proximidad de algún peligro o amenaza, como fue, por ejemplo, la llegada de los españoles (Adams, 1970, p. 70) (Dahlgren, 1966). En estas circunstancias la población campesina al sentirse más protegida opta por ocupar las laderas de las colinas que rodean los valles y cuyas partes bajas son planas y en consecuencia mucho más propicias para el desarrollo de una agricultura más eficaz y productiva. Es interesante observar que junto a la existencia de esta nueva disposición de consolidación de las comunidades en las partes bajas de los valles que lleva consigo una mayor seguridad ambiental y una considerable integración de aquellas congregaciones, tiene lugar la dispersión por el interior del área e incluso fuera de ella de cantidades importantes de población, o sea que estamos en la presencia de unos movimientos internos que todavía no han sido interpretados. Un ejemplo representativo de estos cambios de población lo constituye, al final del horizonte Posclásico, el establecimiento en los límites meridionales de la Altiplanicie e incluso ya dentro de espacios propios de la Depresión Central (Totolapa, El Zootal, etc.) de poblaciones de habla tzotzil y tzeltal.

Aquella disposición al agrupamiento en los suaves declives de los valles sin grandes pretensiones defensivas inmediatas, pero sí con ciudadelas de protección de lugares cercanos, servirá de precedente a lo que ocurrirá a partir de la segunda mitad del siglo XVI, cuando la población aborigen será obligada a replegarse en las partes bajas de los valles por orden de los nuevos conquistadores. Aspecto de organización social que, como puede observarse, se había iniciado pacíficamente con anterioridad a la provocación y obligación suscitada por la conquista. Sin embargo, hay que tener en cuenta que esta tendencia a formas relativamente compactas de habitación en las partes bajas de los valles no implicaba la desaparición del patrón de asentamiento disperso, tan arraigado en algunas partes de las tierras altas y con clara vitalidad y preponderancia hasta nuestros días a pesar de los esfuerzos de la colonia por hacerlos desaparecer.

La creación de aquellos cacicazgos que evolucionan hacia amplias áreas sometidas a la preponderancia de un centro aglutinador lleva consigo el inicio de la fragmentación de la unidad cultural que hasta aquel momento había existido con más o menos claridad en las Tierras Altas de Chiapas. Aquellas congregaciones de pueblos que giraban alrededor de un sitio importante que iba tomando funciones de «capital», va creando con el tiempo pequeñas diferencias culturales con relación a las comunidades vecinas, divergencia que empezaba a notarse en algunos elementos culturales sencillos pero básicos como, por ejemplo, la cerámica (Culbert, 1965, pp. 86-7). Diversificación que de evolucionar hubiera podido ser muy interesante, pero por desgracia hizo desaparecer la conquista española.

Estudiando con detalle las nuevas formas de asentamiento y su localización puede observarse que a pesar de existir una mayor seguridad ambiental proseguía un sistema de acoplamiento relativamente denso innecesario por razones de protección, pero que tal vez obedecería a residuos del ambiente sociopolítico de la etapa anterior. Quizá la tendencia a la forma compacta de habitación se aviniera mejor al ambiente climático de aquella área en la que pueden ser utilizados sistemas de agricultura intensiva. Métodos que resultan más eficaces y hasta cierto punto necesarios en espacios fríos o templados en los que, por lo general, predominan formas de habitación compacta.

A pesar de lo dicho hasta ahora, tal vez a causa de la escasez de excavaciones arqueológicas y de los necesarios razonamientos derivados de ellas, existe una cierta contradicción entre la teoría resultado de planteamientos antropológicos débiles y las primeras fuentes escritas que datan de la segunda mitad del siglo XVI en adelante, puesto que en ellas no aparece claro aquel panorama de mayor tranquilidad ambiental y de la abundancia de la población relativamente compacta, al contrario a menudo se habla de «pueblos todos dentro de fortalezas» y además insisten los cronistas en «que todos los pueblos de esta tierra son de esta manera, que tienen guerra unos con otros». De ser verdad este ambiente bélico de finales del horizonte Posclásico podría ser la causa de la prolongación después del Clásico tardío del patrón de asentamiento compacto en las partes más cercanas y abiertas de los valles más amplios (Miles, 1965, p. 276) (Dahlgren, 1966, pp. 212-213).

Existen los datos necesarios (sobre todo etnográficos e históricos) para pensar que junto a esa persistencia evolucionada de asentamiento hasta cierto punto compacto, subsistiera paralelamente el tradicional patrón disperso de habitación que, en cierta manera, recuerda modelos actuales de población (Adams, 1970, p. 62) (Borhegyi, 1956) (Miles, 1965, p. 278). Pudiera ser que esta última forma de establecimiento correspondiera a un modelo que se adaptaba y se ajusta todavía en la actualidad a determinadas áreas de la accidentada geografía de esta región de Chiapas. Siguiendo con esta idea puede observarse que a menudo el patrón de asentamiento disperso en zonas frías tiende a ocupar áreas muy accidenta-

das, altas y alejadas de los grandes valles. Sin embargo, no debe de olvidarse las posibles influencias que los sistemas agrícolas empleados pudieran haber influido en una u otra forma de aquellos patrones de asentamiento. Las características climáticas de las tierras altas chiapanecas templadas e incluso frías y húmedas propiciaban en los grandes valles la utilización de sistemas de agricultura intensiva, mientras que en las áreas de altitud menor localizadas tanto en la vertiente norte como sur (hacia la Depresión Central), de clima menos frío, más cálido y menos accidentado se utilizarían formas extensivas de agricultura, sistemas que además se acomodaban al ambiente social de la zona a través de una antigua tradición que se materializaba por medio de determinadas influencias culturales que llegaban a la Altiplanicie desde los centros mayas de las tierras bajas a través de las poblaciones establecidas en la «Provincia de los Llanos». Así mismo existe la posibilidad que en algunas zonas se llegara a la utilización de los dos sistemas de acuerdo con las posibilidades de explotación agrícola.

Como consecuencia de las circunstancias expresadas en los párrafos anteriores se puede pensar que los patrones de asentamiento más o menos compactos podrían haber sido el resultado de circunstancias climáticas del área y sociopolíticas de un momento histórico determinado (Borhegyi, 1956, pp. 103-4) (Coe, 1963, p. 40), mientras que una forma hasta cierto punto dispersa de asentamiento humano correspondería a una realidad orográfica y cultural de la región (Adams, 1970, pp. 62-65).

A pesar de las ideas precedentes esta área de la Altiplanicie de Chiapas relativamente aislada, tal vez atrasada y poco poblada durante el transcurso de los diferentes períodos culturales precolombinos, será la que escogerán los españoles, precisamente por sus características climáticas, para convertirla en el centro de sus actividades y en el punto de partida para la conquista y la evangelización del resto del país. Transformándose, con el tiempo, en el foco cultural y político más destacado de Chiapas durante más de trescientos años de período colonial, hasta casi nuestros días en que la actividad cultural, por razones políticas, ha regresado de nuevo a la Depresión Central con la nueva capitalidad en la ciudad de Tuxtla.

b) *La Depresión Central*

La Depresión Central de Chiapas incluida una parte del curso medio del río Grande de Chiapa desarrolla un ambiente cultural, al correr de la civilización mesoamericana, completamente diferente al que se puede observar en la Altiplanicie chiapaneca. Por su situación geográfica, «pocas regiones del actual territorio de México se han visto relacionadas con tan numerosos pueblos como la Depresión Central de Chiapas...» (Vivó, 1961, p. 16), además parece ser que por su clima, localización, ambiente ecológico y sus posibilidades agrícolas, estaba destinada a jugar «... un papel

excepcional en la historia indígena...» (Vivó, 1961, p. 15) de Chiapas y transformarse, con el paso del tiempo, una buena parte del curso medio y superior del río Grijalva, en un corredor natural de extraordinaria importancia por el que se sucedieron influencias llegadas de la mayor parte de las culturas precolombinas del centro de Mesoamérica (Vivó, 1961, pp. 16-7), en sus contactos con las tierras altas mayas, la costa del Golfo de México y el océano Pacífico. Relaciones que empiezan antes del desarrollo de la cultura olmeca, pasan por esa (Lee, 1978, pp. 63-65), por la teotihuacana (McVicker, 1970, p. 93) (Warren, 1961, p. 83), dan lugar a la penetración tolteca, para finalizar con la influencia mexicana intensa en algunas regiones durante la segunda mitad del siglo XV y principios del XVI (McVicker, 1970, pp. 93-96) (Lowe, Vol. II, pp. 208-230).

Este corredor natural tan importante, en el transcurso de la civilización mesoamericana, para comunicar dos grandes áreas culturales de Mesoamérica (mexicana y centroamericana) se empobrece durante el Posclásico, languidece y en buena parte muere con el dominio español al preferir los nuevos conquistadores la ruta del Altiplano por razones climáticas, a pesar de los inconvenientes geográficos que implicaba su trayecto (Navarrete, 1973, pp. 67-68) o el camino de la costa del Pacífico por móviles económicos con todo y ser su recorrido difícil por el intenso calor del área y las zonas insanas y cenagosas de algunas partes de su itinerario. Vemos pues sin grandes esfuerzos que Chiapas seguirá siendo con los inicios de la civilización Occidental en Mesoamérica un país de paso, el lugar de enlace ahora entre el Centro de la Nueva España y la Audiencia de los Confines, más adelante Capitanía General de Guatemala.

Durante las etapas más tempranas del horizonte Preclásico la Depresión Central ya desarrollaba una importante cultura estimulada por unos condicionamientos geográficos favorables y un ambiente propicio a una prematura adaptación del maíz (Coe, 1963, p. 32) (McVicker, 1970, p. 98). Las pequeñas comunidades Preclásicas más avanzadas estarían influidas por pueblos de tradición cultural premaya (Culbert, 1965, p. 79), cuyas raíces habría que buscarlas en la costa del océano Pacífico. En las primeras etapas de un breve pero activísimo Protoclásico aparecen las áreas ceremoniales con sus elementos básicos ya establecidos. En ellas se levantaban los primeros juegos de pelota perfectamente definidos incluido el sistema de marcadores, como, por ejemplo, pudo comprobarse en el sitio de El Vergel (Gussinyer, 1972, pp. 3-14) (ver f-7). Centros de reunión que se completaban con sencillas estructuras de excelentes sistemas constructivos (ver f-8). En este mismo período, tal vez antes, comienza a utilizarse la piedra labrada y hace su aparición el estuco para pisos y recubrimientos de las estructuras religiosas de los centros ceremoniales más destacados (Gussinyer, 1972, pp. 41-56) (Lowe, 1959, 1960 y 1962) (ver f-8). De ahora en adelante las estructuras se colocarán alrededor de pequeñas plazas perfectamente definidas, como ocurre en el sitio de Santa Cruz (comprobado en las excavaciones del salvamento arqueológico de la presa

de La Angostura) o en otros lugares, no tan precisas, como puede comprobarse en Chiapa de Corzo y en El Vergel. Parece ser que por primera vez se establecerían las funciones y los privilegios de una nascente teocracia (Piña Chán, 1967, p. 9), junto con el inicio de una clara influencia maya. El prestigio cultural de la Depresión Central alcanza, desde esta temprana etapa de la civilización mesoamericana, a varias zonas del Altiplano (Lowe, 1959, pp. 10-14) y quizás en determinados momentos podría pensarse que llegaría hasta la costa del océano Pacífico, región que ya desarrollaba sus propios centros culturales entre los que se destacan Izapa, por su enorme trayectoria e influencia en Chiapas y Guatemala.

En una buena parte de la Depresión Central de Chiapas, este precoz desarrollo cultural se transforma o mejor dicho evoluciona a partir del horizonte Clásico, tal vez antes, en una cultura local con personalidad propia (Brockington, 1961, p. 89), que se nutriría principalmente de influencias mayas. Cultura que por desgracia se localiza en una área poco trabajada y en consecuencia todavía no se ha estudiado con suficiente profundidad. Ya dentro del horizonte Posclásico el ambiente cultural se empobrece, iniciándose en una gran parte de esta región natural de Chiapas un largo proceso de decadencia cultural y retroceso demográfico que prácticamente alcanza hasta nuestros días en la casi totalidad del área.

Los sitios arqueológicos del horizonte Preclásico nos insinúan la existencia de un movimiento demográfico en ascenso (Adams, 1961, p. 110), creciente, bastante alto al finalizar el período y que se caracteriza por un claro desplazamiento de las áreas de habitación desde las partes bajas del valle junto al río a las colinas inmediatas. Aumento de población que alcanza su plenitud durante el transcurso del Clásico, horizonte durante el cual la mayor parte de la cuenca del río Grijalva estuvo densamente poblada (Gussinnyer, 1972, plano n.º 1) (Lowe, 1965, vol. II, p. 226). Con el inicio del horizonte Posclásico la población empieza a disminuir (Lowe, 1965, vol. II, p. 229) a excepción de la zona ocupada por el pueblo zoque y sobre todo aquella que señoreaba la etnia chiapaneca, preeminencia demográfica que se mantendrá dentro del período colonial de Chiapas hasta nuestros días (Navarrete, 1966, p. 19).

Durante etapas tempranas del horizonte Preclásico cuando todavía no existía la presión demográfica posterior las pequeñas viviendas que componían las unidades de habitación se levantaban sin precaución defensiva alguna encima mismo de los espacios propicios para la agricultura, formando pequeñas rancharías o unidades unifamiliares. Al poco tiempo aparecieron las primeras construcciones ceremoniales mezclándose con aquellos conjuntos de habitación. Tanto los rudimentarios templos construidos sobre sencillas plataformas, como las casas-habitación utilizarían para su construcción el sistema de bajareque (Piña Chán, 1967, p. 15) localizados sus restos en bastantes lugares. Parece ser que se trataría de unidades

casi autosuficientes, lo que no descartaba una intercomunicación a través de un rudimentario comercio de índole comarcal. Al no existir presiones bélicas de ninguna especie la localización de los centros de habitación fue siempre en lugares abiertos sin defensas o protección que nos demostraran lo contrario. Una situación muy parecida tenía lugar en las tierras altas chiapanecas de esta época (Culbert, 1965, p. 7). Por lo general la supervivencia de los sitios fue larga, abandonándose o cambiando de lugar sólo de acuerdo con las necesidades del momento, al llegar los inicios de la presión demográfica del Preclásico superior y sobre todo del horizonte Clásico. Las áreas agrícolas de aquellos establecimientos serán siempre las ricas tierras de aluvión —los bajiales de hoy día— junto al cauce del río Grijalva o de sus afluentes más caudalosos. Aquellas tierras de cultivo húmedas y ricas en nutrientes fueron muy útiles, indispensables para el desarrollo de la incipiente agricultura, abundantes al no existir, en aquel momento, una presión demográfica que obligara a su aprovechamiento intensivo.

Durante el Preclásico medio y superior las construcciones que daban vida a aquellos pequeños centros de habitación se levantaban en el espacio escogido sin un orden aparente (Brockington, 1967, pp. 59-62) (Lowe, 1959, p. 70). En la mayor parte de las ocasiones no se trataba de delimitar plazas, colocar las pequeñas unidades religiosas en direcciones precisas o crear espacios de carácter ceremonial aunque es lógico que de manera muy rudimentaria éstos existieran en la mayor parte de aquellas pequeñas comunidades. En esta época los sitios son pequeños, en ellos las escasas estructuras de carácter ceremonial se entrelazarían con las de casas-habitación inmediatas pasando casi desapercibidas del resto de las viviendas, creando una verdadera unión con ellas (Brockington, 1967, 59-61). Estos conjuntos estarían rodeados por las milpas de los campesinos, conformando una unidad más extensa de intensa vitalidad cultural y económica. Más adelante los jcales que se entrelazaban con los rudimentarios templos limitarían alguna plaza de carácter informal presididas por alguna estructura ceremonial de especial devoción. Con el tiempo las casas-habitación serán sustituidas por nuevas estructuras religiosas y la sencilla arquitectura civil se irá desplazando de aquellos centros que, van adquiriendo propósitos y finalidades cada vez más específicas y aquellos jcales de los campesinos se irán alejando agrupándose en pequeñas rancherías, cercanas a los nacientes centros ceremoniales.

Al final del horizonte Preclásico y en las primeras etapas del Proclásico ya con centros ceremoniales perfectamente definidos (ver p-10 y p-11), comienza a hacer su aparición la piedra labrada en la forma de rudimentarios sillares de recubrimiento aplicados a las construcciones religiosas a través de formas arquitectónicas bastante complejas, como ocurre, por ejemplo, en Chiapas de Corzo (Lowe, 1960, 1962) (Agrinier, 1975) en el Vergel (Gussinyer, 1972), en Santa Cruz (ver p-10) o en Ocozocuatla, sólo para citar cuatro ejemplos de marcado interés. Al mismo

tiempo, tanto la arquitectura como la cerámica nos insinúan importantes puntos de contacto con otras regiones fuera de los límites naturales de la Depresión. Acercamientos que, con el tiempo, se irán transformando en eficaces relaciones culturales dentro de un ámbito geográfico próximo del que se destacan, por ejemplo, el Altiplano de Guatemala o la costa del océano Pacífico (Piña Chán, 1967, p. 14). Así mismo, se intensificaba una actividad comercial en el interior del área. Ejemplo representativo de este incipiente intercambio mercantil lo constituye la cerámica negra pulida del lugar de Santa Rosa que se encuentra en diferentes partes del área (Brockington, 1961) e incluso fuera de ella. Más adelante este movimiento comercial se prolonga hacia el exterior de la Depresión Central, alcanzando partes tan lejanas como podrían ser: los estados de Veracruz y Tabasco en la costa del Golfo de México, Oaxaca, las tierras altas de Guatemala (Kaminaljuyú), el Soconusco, hasta el lejano Salvador (Lowe, 1965, vol. II, p. 218) (Warren, 1961, p. 18) (Piña Chán, 1972, p. 16). Este significativo comercio propicia el florecimiento de ciertas formas de cultura local que más adelante con el fermento de la influencia de área maya y de otras partes de Mesoamérica evolucionaran hacia comportamientos culturales propios.

Durante el horizonte Clásico la población crece y se llega, sin dificultad alguna, a la erección de magníficos, compactos y monumentales centros ceremoniales con altas y extensas «acrópolis» con núcleo natural (Laguna Francesa) (ver p-13) (ver f-5) o artificial y de menor monumentalidad (La Poblazón) (ver p-12) (Chapatengo) (ver p-14), juegos de pelota con el sistema de marcadores perfectamente trazados y alineados, plazas limitadas por elevadas estructuras religiosas de varios cuerpos (ver p-12 y p-13) (Piña Chán, 1967, p. 21) (Warren, 1961, p. 83). A pesar de la constante presencia de influencias mayas en aquellos y otros muchos centros ceremoniales durante las diferentes etapas del Clásico (ver f-6), existe un rasgo cultural maya de mucho peso que hasta ahora tan sólo se ha detectado su presencia, de forma rudimentaria, en un sólo lugar conocido con el nombre de Varejonal, se trata de la falsa bóveda (Lowe, 1965, vol. II, p. 224) (Agrinier s/f). Su escasa presencia podría demostrarnos que a pesar de las intensas influencias mayas, se trataba de un espacio marginal de aquella cultura.

Algunos sitios del horizonte Clásico de la Depresión Central de Chiapas son bastante grandes (ver p-13), con excelentes y capaces construcciones religiosas (ver f-5). Su localización es, en etapas iniciales del Clásico, todavía en lugares abiertos sin elementos arquitectónicos defensivos de ninguna especie y contruidos en espacios cercanos a los campos de cultivo. En la mayor parte de ellos con excelentes técnicas de construcción (ver f-9 y f-10) (Brockington, 1961, pp. 88-9). Con el avance del tiempo y la presión demográfica existente los centros ceremoniales tienden a levantarse en lugares apartados de las tierras de cultivo para su mejor aprovechamiento (ver p-15) (Lowe, 1965, vol. II, p. 226). Los lugares esco-

gidos de ahora en adelante serán los sitios pedregosos, cercanos a áreas pantanosas, los pies de monte o zonas poco propicias para ser utilizadas para la agricultura. Las ricas tierras de aluvión cercanas al cauce del río serán ahora aprovechadas hasta el último centímetro cuadrado, con la idea de obtener cosechas más abundantes.

Para algunos investigadores el aumento de población que experimenta la Depresión Central se debería, en buena parte, a la llegada de un flujo migratorio procedente de las tierras altas de Guatemala y del océano Pacífico (Lowe, 1965, vol. II, p. 227). El despoblamiento actual de la sección oriental de la cuenca superior del río Grande de Chiapa junto con los escasos por no decir nulos estudios de antropología física y lingüística realizados hace imposible identificar, tan sólo sospechar la procedencia de aquellos pueblos que llegarían a instalarse durante el Clásico en aquella zona de Chiapas. La presión demográfica llega a ser tan fuerte durante el Clásico que se recurre al aprovechamiento de todos los espacios con posibilidades agrícolas, como ocurre, por ejemplo, con las partes húmedas de algunos arroyos intermitentes en áreas alejadas del cauce del río Grijalva y de sus afluentes más importantes, lugares en los que en determinadas partes se construyen sencillos muros de contención para la reserva de agua que se aprovecharía para el regadío y al azolverse conservan buenas tierras y excelentes condiciones de humedad. La construcción de terrazas en alguna de las partes bajas de los montes cercanos a las tierras de cultivo, para levantar en ellas casas-habitación y estructuras ceremoniales obedece más a una necesidad de aprovechamiento de las tierras utilizables para la agricultura que a una preocupación de tipo defensivo (Lowe, 1965, vol. II, p. 227). En etapas finales del horizonte Clásico comienza a decrecer la población en la zona oriental de la Depresión Central y en el posclásico languidece por completo hasta casi desaparecer a partir de la conquista. Las razones podrían buscarse en el empobrecimiento de los suelos al ser sometidos a una desproporcionada intensidad agrícola, a causa de la presión demográfica del Clásico, que no pudieron soportar. Sin embargo, existen otros argumentos con la misma validez científica para justificar el abandono progresivo del área más densamente poblada de Chiapas en el período precolombino de su historia.

Justificado por su trayectoria preclásica, en las primeras etapas del horizonte Clásico el sitio de Chiapas de Corzo y su área de influencia se presentan como uno de los centros culturales más significativos de la Depresión Central (Lowe, 1965, 1960) (Warren, 1961, p. 81). Con el tiempo, aquella población pierde su preeminencia, decae su influencia cultural (Warren, 1971, p. 82) y cede su ascendencia sobre buena parte de la Depresión Central a otros lugares. En consecuencia la actividad cultural se va desplazando hacia la sección oriental de la Depresión, con fuerte influencia de la cultura maya, zona en la que el lugar conocido, en la actualidad, con el nombre de Laguna Francesa (ahora cubierto por las aguas de la presa de La Angostura) (ver p-13), (ver f-5, 6 y 10), estuvo durante el

horizonte Clásico tardío a la cabeza de las comunidades agrícolas de la Depresión Central de aquella área (ver f-5).

La organización sociopolítica durante el horizonte Clásico se nos presenta intensamente influida por los grupos preclásicos establecidos con anterioridad en la región, pueblos que contribuyeron al desarrollo de un interesante proceso cultural, junto con el influjo de la cultura maya que se deja sentir cada vez con mayor intensidad, reflejando, en conjunto, un ambiente de pequeñas comunidades agrícolas con importantes nexos y contactos culturales y comerciales entre ellas, favoreciendo este ambiente las condiciones geográficas de la región de fácil intercomunicación a través del río Grande y algunos de sus afluentes más caudalosos. Parece ser que, el patrón de asentamiento sería disperso con un centro ceremonial que, en algunos casos, funcionaría a manera de cabecera y agruparía por medio de una gran diversidad de relaciones de carácter cívico y religioso a los pequeños conjuntos de habitación que a manera de extensas rancherías, conteniendo sus propias unidades religiosas, estarían establecidas a su alrededor (Adams, 1970, p. 62) (Willey, 1965, p. 109). Disposición y configuración de los patrones de asentamiento de aquella área que nos recuerda, con bastante exactitud modelos mayas de población tanto precolombinos (Shook, 1965, p. 93), como contemporáneos en áreas marginales. En casos específicos los centros más grandes e importantes controlarían las actividades cívico-religiosas de una extensa zona. Tal podría ser la razón de la extensión y alcance de algunos conjuntos ceremoniales como por ejemplo: Laguna Francesa, La Población y Chapatengo todos ellos muy cerca del cauce del río Grande. Sistema de organización político-religiosa que recuerda con bastante exactitud formas de asentamiento en las partes más características de las tierras bajas mayas (Willey, 1956, pp. 109-113). En algunas ocasiones, principalmente en zonas cercanas al cauce del río Grijalva, se nota con toda claridad la presencia de pequeñas unidades de habitación agrupadas alrededor de patios o pequeñas plazas, juntándose varias de ellas en las laderas de las montañas cercanas al valle, en pequeñas colinas junto a las tierras de bajal del río o en zonas de escasa utilización agrícola, con el fin de aprovechar las superficies de terreno cultivable a consecuencia del aumento de población que se estaría produciendo a mediados del horizonte Clásico (Gussinyer, 1972, pp. 3-14) (Lowe, 1965, vol. II, pp. 227-8) (ver p. 15-16) (ver f-13 y f-14).

Con el inicio del horizonte Posclásico los centros ceremoniales y las áreas de habitación que de ellos dependen decrecen con rapidez y las estructuras religiosas son bastante menos ambiciosas en cuanto tamaño, acabados y sistemas constructivos. A tal punto llega la mediocridad constructiva que se regresa al barro batido y quemado para recubrimientos y enjarres y, a los cantos rodados para los muros de contención de las plataformas y basamentos escalonados siempre de escasa altura, hasta trans-

formarse, en algunas partes, en los materiales de construcción más utilizados durante este período (ver f-11, f-12 y f-14), como lo habían sido durante el transcurso del horizonte Preclásico (Piña Chán, 1967, p. 16) (Gussinyer, 1974) (ver f-8), dejándose de usar casi por completo sólo durante el Clásico.

El regreso a unos materiales de construcción abundantes, fáciles de obtener y manejar (junto al cauce del Grijalva existe una gran cantidad y variedad de cantos rodados) en contraposición, por ejemplo, a los sillares de recubrimiento magníficamente cortados del horizonte Clásico (ver f-9 y f-10), nos demuestran el empobrecimiento cultural y material a que se estaba llegando con el nuevo período cronológico. Además hay que tener en cuenta que en muchas ocasiones, cuando estos centros ceremoniales del Posclásico eran de reciente creación se buscaba, a menudo, lugares elevados y protegidos en los escarpados cercanos al río para su emplazamiento, no con la idea de aprovechar los espacios destinados a la agricultura, sino con el fin de defenderse de un cercano y furtivo enemigo, peculiaridad que parece ser estaba muy extendida, por este tiempo, en algunas áreas relativamente cercanas de las tierras altas de Guatemala o en sus zonas de influencia (Shook, 1956, p. 94). En otras ocasiones se aprovechaban los centros ceremoniales de la etapa anterior en plena decadencia, tal vez abandonados, con el fin de seguir utilizando alguna de sus ruinosas estructuras para fines religiosos y al mismo tiempo, puesto que la población había decrecido bastante, se construirían en el interior de las plazas y en todos los espacios abiertos disponibles y muy cercanos de aquellos centros ceremoniales del Clásico, casas-habitación bastante rudimentarias y de escasa ambición constructiva (ver (f-13 y 14), aprovechando en algunas ocasiones los materiales de construcción de los edificios abandonados de la etapa anterior. Un caso típico de esta situación lo constituye Laguna Francesa. Como puede observarse durante el horizonte Posclásico el ambiente cultural de estas regiones se empobrece (Coe, 1963, p. 39) en algunas zonas y, al mismo tiempo, disminuye la población hasta llegar al extremo, como ya se ha indicado, de reutilizarse parte de las estructuras religiosas y de los espacios libres de construcciones de los centros ceremoniales de la etapa anterior para albergar grupos dispersos. Sin embargo, no todas las zonas de la Depresión Central sufren el proceso de desintegración cultural con la misma intensidad que la padece la sección oriental. En otras partes sobre todo en el extremo occidental y el área central el ambiente cultural prosigue, tal vez a un ritmo más bajo, pero semejante al del horizonte clásico (Navarrete, 1966, p. 91), a pesar de que en sus últimas etapas también había decaído bastante

De un extremo a otro de la Depresión Central, cuando existe la necesidad de fundar nuevos núcleos de población, salvo raras excepciones como podría ser el caso de Chiapa o algunos sitios del área zoque, resultan ser casi siempre mucho más reducidos que los de la etapa Clásica y a me-

nudo, los pequeños centros ceremoniales que de ellos dependen se los localiza en parejas de difícil acceso y fácil protección (Gussinyer, 1972, pp. 3-14), para ser utilizados como lugares de refugio.

Durante el horizonte Posclásico tardío la Depresión Central pierde aquella unidad que en cierta forma le había dado intensa vida interior a partir del horizonte Clásico. Dividiéndose durante el nuevo período cultural en una serie de regiones étnicas que tal vez tuvieron una base política y lingüística que las diferenciaba, fragmentación social, política e incluso lingüística que se vuelve típica de la época que estamos tratando en la mayor parte de Mesoamérica, característica cultural que también ha podido detectarse a su vez en las tierras altas. Algunos de estos grupos presentan pequeñas diferencias de tipo cultural tal vez relacionadas con las divergencias lingüísticas. Algunos de estos elementos podrían relacionarse con componentes de la vida cotidiana, otros podrían referirse a determinadas formas y decoración de la cerámica casera y ceremonial de un grupo de comunidades a otra (Culbert, 1965, p. 87). Tal vez si se analizara la arquitectura u otras formas de cultura podría descubrirse algo semejante, rasgos que de existir no les dio tiempo de evolucionar hacia elementos propios de cultura. Aquella fragmentación de pueblos de diversa composición lingüística se materializaba de la siguiente manera: uno de los extremos de la Depresión Central, el occidental, estaría ocupado desde muy antiguo por el pueblo zoque (Tecpatán, Cópinalá, Osumacinta, etc.), pero que en un proceso de expansión durante este período alcanzaría el centro de la Depresión Central (San Fernando, Tuxtla, Ocozacoautla, etc.), llevando consigo elementos culturales propios (Thomas, 1974, pp. 26-50). En la confluencia del río Santo Domingo con el Grijalva y en sus áreas vecinas se estableció ya dentro del Posclásico la etnia chiapaneca pueblo que le da el nombre al país, con asentamientos tan importantes como su propia capital Chiapa, junto con Acala, Chiapilla, Ostuta o Suchiapa, grupo que a pesar de su importancia desarrolla un ambiente cultural de escasa trascendencia y hasta ahora poco estudiado (Navarrete, 1966) y, finalmente en algunas partes cercanas al margen derecho del río se asentaron pueblos procedentes de las tierras altas de Chiapas, como se ha indicado con anterioridad, consecuencia de los cambios en la organización sociopolítica de sus zonas de origen. Tal sería el caso de grupos tzotziles pero sobre todos tzeltales establecidos por este tiempo en partes cercanas al margen derecho del Grijalva hasta la confluencia de San Miguel y el San Gregorio. Hay que tener en cuenta que mientras en las áreas de habla zoque y chiapaneca subsisten la mayor parte de las poblaciones hasta hoy día a pesar de los cambios ocurridos, de la parte oriental ocupada parcialmente por aquellos grupos procedentes de la Altiplanicie no han sobrevivido centros importantes agrupados en poblados estables, a excepción, tal vez, de algunos pequeños núcleos localizados en áreas elevadas y algo alejadas del río (San Bartolomé de los Llanos, Soyatitán). En este sentido es necesario recordar que, en la

actualidad, subsiste todavía un interesante intercambio de población entre las dos regiones (Altiplanicie y Depresión) de carácter temporal en esta zona de las tierras bajas, puesto que gente de habla tzotzil o tzeltal procedentes del Altiplano siembran sus milpas en las tierras bajas de la Depresión Central, después de la siembra y la cosecha regresan a su lugar de origen. A caso en época precolombina ocurriera algo semejante ya que no existen o no se han encontrado aún restos importantes prehispánicos o coloniales que atestigüen su constante permanencia. Tan sólo la cerámica de Copanaguastla, por ejemplo, muestra interesantes conexiones con las tierras de la Altiplanicie (Culbert, 1965, p. 87). Quizá los escasos estudios realizados en estas áreas correspondientes a esta época sean la causa del desconocimiento que tenemos del ambiente cultural de esta parte de Chiapas a finales del horizonte Posclásico.

El desarrollo cultural alcanzado por la Depresión Central, después de largos siglos de experimentación se materializaba durante el horizonte Clásico en una notable cultura local que, como ya se ha indicado, se nutriría, en su formación, de una base de tradición Preclásica autóctona crisol en el que, con el tiempo, se va configurando y definiendo aquella cultura, con la ayuda de influencias derivadas principalmente del área maya. En su consolidación y diferenciación se refuerza con elementos culturales llegados de Oaxaca y del centro de Mesoamérica a través del istmo de Tehuantepec e incluso con influencias de Veracruz y otras partes del Golfo de México, del océano Pacífico y del resto de Centro América.

Al debilitarse aquella recia tradición cultural y llegar su ruptura definitiva con la conquista española, renace o mejor dicho prosigue de nuevo dentro de su contexto cultural chiapaneco, a partir de la segunda mitad del siglo XVI, en el Altiplano, cambiando el espacio y su contenido cultural. Región ésta de escasa trascendencia durante el desarrollo de las culturas precolombinas, pero que supo alcanzar con los aportes del nuevo régimen político la suficiente personalidad para convertirse —a partir del virreinato— en el centro rector de la cultura chiapaneca, desarrollando como resultado de esta nueva situación sociopolítica y aprovechando los aportes del Viejo Mundo una importante cultura local (Esquinca, 1968, p. 15) mal denominada colonial. Cultura de mucha personalidad pese a la escasa participación de elementos precolombinos en su desenvolvimiento y composición interna, pero de mucha incidencia en los grupos indígenas supervivientes del desastre de la conquista. Población que supo, en aquel momento, conservar sus propios principios culturales básicos, canalizarlos hacia el nuevo contexto cultural, aprovechando y utilizando de la civilización Occidental aquellos elementos que les fueran útiles y mezclando, de esta manera, determinados componentes de las dos civilizaciones (la occidental y la mesoamericana), rasgo que le proporcionó a la cultura resultante uno de los aspectos más sobresalientes de su singular personalidad.

Cultura que por el otro lado se nutriría, siguiendo una tradición de época precolombina de influencias llegadas de las Tierras Altas de Guatemala, a partir del siglo XVI Audiencia de los Confines, del área mixtecozapoteca, con el virreinato Gobernación de Oaxaca (De la Maza, 1956, p. 60), de las tierras mayas de la península, durante la colonia Gobernación de Yucatán e incluso del Anáhuac, centro de la Nueva España durante el dominio español.

La transición hacia el período colonial

Each building, and each colonial artifact was nourished by the destruction of a culture, and the decline of a race.

George Kubler. 1948, vol. I, p. 67

Durante el transcurso del horizonte Posclásico mesoamericano llegan los primeros conquistadores europeos que en su obsesión por adueñarse del oro y de nuevos territorios, interrumpen el normal desarrollo de la civilización mesoamericana destruyéndola al poco tiempo. En sus proyectos de expansión alcanzan el centro de Chiapas; área de nuestro estudio, por la Depresión Central a finales del primer cuarto del siglo XVI (diciembre de 1523). Siguiendo órdenes dadas por Hernán Cortés, Luis Marín sería el encargado de penetrar a Chiapas a la cabeza de un pequeño ejército compuesto de españoles y aborígenes. Milicia con la cual se principia la conquista de la nueva «Provincia de las Chiapas» (Castillo, 1961, p. 207). Para lograr su propósito, Luis Marín sigue en buena parte las primeras penetraciones y las huellas dejadas por los aztecas en sus infiltraciones y conquistas por el actual estado de Chiapas, desde la costa del Golfo de México (Vivó, 1954, pp. 424 y 453) (Adams, 1961, p. 109) (Díaz del Castillo, 1968). Con su llegada se inicia el largo proceso, todavía no alcanzado del todo, de occidentalización de la población de Chiapas, principiando con el arduo, inhumano y forzado reacómodo de los diversos grupos indígenas para su más fácil control y sumisión, congregándolos en nuevas comunidades a menudo lejanas de su lugar de origen (Borhegyi, 1956, p. 104). Los nuevos sistemas de concebir los agrupamientos humanos casi nada tendrán que ver con el pasado precolombino y jugaron, sin lugar a dudas, un papel muy importante en el proceso de aculturación de la población precolombina, no respetando y alterando de forma decisiva uno de los elementos más significativos de su manera de vivir: su tradicional patrón de asentamiento. Muchos de aquellos pueblos o etnias se resisten todavía en la actualidad, a pesar del tiempo transcurrido, a este proceso de cambio.

Las nuevas formas culturales de rasgos completamente diferentes a los precolombinos, se presentan desde un principio dominadas por una ambiciosa mentalidad conquistadora y destructora que se apoyan en un rígido comportamiento político y religioso, imponiéndose de forma extraordinariamente dura a la población indígena para lograr sus objetivos (Reyes, 1962, p. 25) (De Gante, 1947, p. 18).

a) *Persistencia del patrón de asentamiento precolombino*

Como ya se ha observado, desde finales del horizonte Posclásico existía en algunas partes de las tierras altas una manifiesta inclinación hacia un cambio cultural en todos los órdenes, transformación que se materializaba en los asentamientos humanos por medio de una clara tendencia de la población a trasladar voluntariamente sus áreas de habitación desde alturas de difícil acceso y fácil protección a zonas más bajas y cercanas a los valles más extensos (Adams, 1970, p. 42). Prosiguiendo, hasta cierto punto, con una forma compacta de asentamiento, mientras que en otras partes de la Altiplanicie, sobre todo en pueblos alejados de los grandes valles y sumergidos en la compleja orografía de las tierras altas, persistiría el sistema disperso de establecimientos humanos. En la Depresión Central no se exterioriza de manera tan clara esta misma corriente, fuera por las características geográficas propias de aquella región o por qué estaba atravesando gran parte de la zona por una etapa de retraimiento demográfico y cultural del que todavía no se ha librado. Aquella disposición de asentamientos más abiertos y de fácil acceso que adoptaron algunas áreas de la Altiplanicie iba a favorecer, al poco tiempo, a los españoles en su política de reducción y congregación de la población nativa, cuando trataban de juntar en un mismo lugar donde ya existiría población más o menos congregada en las condiciones descritas, pueblos y rancherías cercanos o lejanos según las necesidades y las exigencias del momento. De esta forma se creaban nuevas y tal vez más extensas unidades compactas, los llamados «pueblos de indios», que algunos de ellos evolucionados y transformados todavía sobreviven. Por el otro lado, existían, y prosiguen hoy día, las pequeñas comunidades dispersas que a pesar de las presiones de los gobiernos coloniales por congregarlos continúan, en la actualidad, con algunas alteraciones de forma más que de fondo, como estaban antes de la llegada de los españoles.

Con todo y que se ha llegado a hablar de «ciudades» e incluso de «ciudades populosas» para el horizonte Posclásico de Chiapas (Trens, 1957, p. 71), parece ser que en realidad nunca existieron tales conjuntos de población ni en el concepto ni siquiera en la materialización compacta o dispersa de ciudad, a pesar de las referencias de los historiadores de reconocida capacidad antiguos o modernos, como por ejemplo la de Francisco Antonio de Fuentes Guzmán, cuando se habla en los anexos de su

obra del «pueblo de Chamula (con) más de cuatrocientas (casas), y las estancias más de doscientas casas (1882, vol. II, p. 374), o la insistencia con que se refiere Bernal Díaz de Castillo (1968, vol. II, p. 136) a la población de Chiapa.

Y es que otro día de mañana acordamos de ir por nuestro camino para su ciudad de Chiapa, y verdaderamente se podía llamar ciudad, y bien poblada, y las casas y calles muy en concierto, y de más de cuatro mil vecinos, sin otros muchos pueblos sujetos a él que estaban poblados a su alrededor.

En Mesoamérica el sistema de agrupamiento humano a la manera del Viejo Mundo, al que se refieren los cronistas cuando nos hablan de ciudades, tienen lugares muy específicos de desarrollo que se relacionan, la mayor parte de las ocasiones, con el Altiplano Central de Mesoamérica. Sin embargo, hay que tener en cuenta que su desenvolvimiento formal y generalizado se inicia, salvo excepciones muy específicas, con la conquista española, al crear los nuevos núcleos de población aprovechando los ya existentes o estableciendo otros nuevos al decretarse en varias ocasiones la congregación de indios en áreas reducidas y compactas. En el caso específico de Chiapa, la supuesta capital de la etnia chiapaneca y considerada en el momento de la conquista una «verdadera ciudad», tal vez una de las más importantes en el momento de contacto entre las dos culturas (Díaz del Castillo, 1968), tenemos conocimiento por los datos arqueológicos obtenidos hasta ahora, que no se trataba de una población compacta como la describen los conquistadores, sino dispersa a la manera tradicional de la Depresión Central como testimonian las investigaciones arqueológicas realizadas, a pesar de su superficialidad (Navarrete, 1961, p. 71). Lo serían así mismo Copanaguastla, Tecpatán, Quechula, Pinola o cualquier otra de las citadas por los primeros cronistas.

En cualquier parte de Mesoamérica, incluyendo Chiapas, desde el horizonte Preclásico hasta la destrucción de la civilización mesoamericana en la segunda mitad del siglo XVI, todos los asentamientos humanos fueran compactos o dispersos estaban compuestos de dos elementos básicos, perfectamente diferenciados, indispensables para comprender la dinámica de cualquier población en todo el ámbito de aquella civilización. Piezas de un complejo organismo social, componentes una vez establecidos, definidos y aceptados dentro del contexto cultural de la civilización mesoamericana nunca se mezclan, por ningún motivo se diluyen entre sí, jamás se entrelazan, siempre permanecen separados con más o menos rigidez, identidad y personalidad propias. Se trata por un lado del centro ceremonial propiamente dicho en su doble faceta de funciones: cívicas y religiosas. Lugar en el que se localizaban de preferencia y casi en exclusiva todos los edificios religiosos, incluyendo determinadas y muy específicas formas de residencia y trabajo, y por el otro lado el área de habitación de la po-

blación civil que de aquellas unidades dependía. Zona más o menos compacta de acuerdo con las áreas geográficas y culturas, en la que habitaban de preferencia nobles, artesanos y agricultores, colocados en este mismo orden alrededor del centro ceremonial, como en palabras exactas nos lo describe el padre Diego de Landa (1966, p. 28).

en medio del pueblo estaban los templos con hermosas plazas y en torno de los templos estaban las casas de los señores y de los sacerdotes, y luego la gente más principal, y así iban los más ricos y estimados más cercanos a éstas y a los fines del pueblo estaba las casas de la gente más baja.

Descripción de la composición interna de una población maya que con algunas ligeras variantes puede aplicarse al resto de Mesoamérica (Shook, 1956, pp. 99-100). Veremos más adelante que este sencillo esquema un tanto rígido perdurará durante todo el período colonial hasta alcanzar nuestros días. Tal vez habría que buscar la razón en una lejana y encubierta influencia precolombina, puesto que es fácil darse cuenta en los conjuntos coloniales de los «pueblos de indios» de Chiapas y otras muchas partes del resto de Mesoamérica, en las que existen núcleos de población de tendencia urbana, que alrededor de una amplia plaza con dimensiones para realizar en ella espectáculos y actos civiles y religiosos muy diversos, se levantaban sin excepción las construcciones públicas más significativas y representativas tanto del estamento civil como del religioso y a su entorno, con el rígido orden de la cuadrícula, la población civil de forma semejante al de la época precolombina, distribución urbana que no siempre ocurría en las poblaciones españolas de aquella época (Foster, 1962) (Varios, 1978).

Debe de recordarse a su vez que el esquema básico de las formas de casa-habitación que ayudan a la configuración de los patrones de asentamiento fueran rurales o urbanas, en Chiapas o en el resto de Mesoamérica y en cualquier capa social giraban siempre alrededor del patio precolombino, formando pequeñas rancharías cuando se trataba de viviendas dispersas (ver p. 16) (ver f-14), en las que la base fundamental lo formaba el célebre jacal y sus anexos (temascal, a veces la cocina y la troje de acuerdo con el clima y el ambiente cultural) o unidades bien diferenciadas de habitación compuestas de varios patios intercomunicados en núcleos compactos de carácter urbano. Fue tanto el arraigo de esta célula de asentamiento humano que con pocas modificaciones se impone durante la colonia y prosigue hasta nuestros días en áreas rurales y marginales de los centros urbanos. En Chiapas al no existir verdaderos conjuntos urbanos en ninguna época o región, el patrón de asentamiento no llega más allá de los grupos de habitación compactos en determinados períodos de su evolución cultural sin pretensiones urbanas, en las que el tradicional centro ceremonial con la población mayormente campesina establecida a su alrededor será hasta

casi hoy día el elemento básico del patrón de asentamiento (Navarrete, 1961, p. 71) (Brockington, 1967).

Así que, el legendario centro ceremonial precolombino no indica de manera obligada, ni necesariamente sugiere la existencia de un núcleo urbano compacto a su alrededor, como era y es todavía costumbre dentro de los cánones occidentales de patrón de asentamiento (Reyes, 1962, p. 27). El centro ceremonial precolombino en toda el área maya y sus zonas de influencia es, en realidad, un lugar de reunión para una población la mayor parte de las ocasiones dispersa y relacionada entre sí a través de aquel centro cívico-religioso (Borhegyi, 1956, pp. 104-5) (Adams, 1970, p. 72) (Cámara, 1966, pp. 30-2). Con esta premisa básica aplicada a Chiapas puede observarse como, por ejemplo, la población precolombina de Copanaguastla que los cronistas españoles citan como una de las «ciudades» más importantes de su época, sus habitantes establecidos cerca del centro ceremonial en rancherías o viviendas unifamiliares tuvieron que abandonarlas con la llegada de los españoles y la población dispersa que de él dependía se vio forzada a instalarse junto al recién construido recinto religioso (Adams, 1961, p. 109) (ver p-8), formando una nueva comunidad compacta sobre la base de un patrón de asentamiento en la forma de «enrejado» que nada tenía que ver con los sistemas anteriores de asentamiento (Adams, 1970, p. 73). Pueblo de indios el de Copanaguastla que a pesar de ser elegido por su importancia precolombina para crear en él un significativo núcleo de población colonial, como nos lo dan a entender los restos arquitectónicos de su comunidad religiosa (ruinas que configuran uno de los conjuntos más importantes del renacimiento en Chiapas (Olvera, 1951; 1957) y tal vez de toda la Audiencia de los Confines), se irá poco a poco abandonando una vez establecido, hasta quedar en menos de cien años de su fundación totalmente deshabitado.

De la misma manera ha podido observarse por medio de excavaciones superficiales llevadas a cabo en las cercanías de las actuales poblaciones de Amatenango del Valle, de Teopisca o Aguacatenango, todas ellas fundadas a mediados del siglo XVI, que tenían cerca comunidades indígenas, que se vieron, con toda seguridad, obligadas a establecerse en aquellas nuevas poblaciones trazadas de antemano para su reacomodo, proyecto que en la mayor parte de las ocasiones giraba alrededor de la clásica cuadrícula de origen griego (Ward-Perkins, 1974) (Stanislawski, 1946, p. 113). Algo muy similar ocurría con el centro ceremonial de Hun Chavín y la actual ciudad del Comitán, una de las primeras fundaciones españolas de Chiapas con el nombre de Villa de San Cristóbal de los Llanos (enero de 1528). Semejante sería el problema que tendría lugar en Zinacantan, Chamula y otras muchas poblaciones precolombinas de las Tierras Altas de Chiapas (Calnek, 1970, pp. 119-130).

En la Depresión Central sucedía algo parecido, puesto que la nueva comunidad de Chiapa de Indios la levanta Luis Marín encima de la derrotada capital del pueblo chiapaneca, algo parecido, guardando las distancias,

a lo que aconteció con México-Tenochtitlán. Algo semejante ocurriría con los pequeños pueblos de indios de Suchiapa, La Villa de Acala y otros muchos centros de población recién fundados (Navarrete, 1961, p. 71). De ellos, en varias ocasiones, tan sólo quedan las ruinas de la comunidad religiosa, como podría ser el caso de chiapilla construida, la nueva población, junto a las ruinas del centro ceremonial precolombino. Lo mismo acontecía con Pochutla y otras que abandonan frailes e indígenas poco tiempo después de su fundación. Las causas fueron muy diversas, de entre ellas sobresalen el clima o la proliferación de mosquitos y otros animales, como sucedió en el caso de Ostuta.

En la mayor parte de las ocasiones, por no decir siempre, la nueva traza giraba alrededor de una amplia plaza localizada en el centro del nuevo núcleo de población, de acuerdo con las ordenanzas de las Leyes de Indias (Libro IV, título VII). Pieza del naciente conjunto urbano que tal vez tuvo su origen o inspiración en la función tan destacada que tuvieron los espacios abiertos en el urbanismo precolombino, más que en una influencia directa de la plaza española de su época (Borhegyi, 1956, p. 105) (Foster, 1962). Tal vez, se trata de una simple coincidencia o de un paralelismo.

Este esbozo de un complejo proceso de cambios de residencia, de «habitats» en todos sentidos, de formas de habitación y comportamientos humanos que tuvieron que sufrir los grupos indígenas durante el siglo XVI, se materializaba en los nuevos patrones de asentamiento. En ellos se hace patente la notoria y al mismo tiempo brusca ruptura que existía entre las formas de vida y de asentamiento precolombinos y el nuevo ideal que se exigiría a partir de la colonia (Adams, 1970, p. 73). Sistema o forma de concepción urbana que se impone como parte de las exigencias y comportamientos culturales de la civilización Occidental.

b) *Dificultades para establecer el nuevo patrón de asentamiento*

Aunque en el tema de asentamientos humanos la tendencia a finales del horizonte Posclásico fuera en extensas áreas de las tierras altas la distribución de la población alrededor de las partes bajas de los valles más importantes, como ya se ha indicado, y se llegara incluso a hablar de «ciudades», basándose principalmente en las noticias de los primeros conquistadores, las referencias que se obtienen por medio de las investigaciones arqueológicas, todavía escasas, nos demuestran en buena parte todo lo contrario. A través de la arqueología nos damos perfectamente cuenta que en realidad no existieron núcleos importantes y compactos de población que pudieran nombrarse como tales, a pesar de existir unas mayores concentraciones en las partes bajas de los valles (Adams, 1970, p. 110). Por el otro lado, encontramos una gran abundancia de datos que nos proporcionan los primeros cronistas de la colonia, la mayor parte de ellos

frailes, personas mucho más en contacto con la realidad del momento y sin intereses políticos y económicos de ninguna especie, que se refieren a la realidad observada por ellos mismos, haciendo hincapié, en la mayor parte de sus informaciones y relaciones, acerca de un sistema disperso de la población indígena, en «...los montes donde estaban esparcidos por barrios o caseríos que ninguno llegaba a seis casas juntas y esas no se alcanzaban la una a la otra con tiro de mosquete» (Ramesal, 1966, vol. II, p. 361). En otra parte de la misma obra, nos relata fray Antonio de Remesal que «... estaban una casa acullá otra, a otro trecho otra y por esta razón en lugar de quinientos y de menos vecinos... ocupaban una legua de tierra». Esta información tan interesante para nuestro tema, hacía referencia el autor a la molestia que ocasionaba el patrón disperso de asentamiento a la hora de imponer la aceptación de los cánones de la nueva religión a la población nativa. A este respecto, se quejaba fray Antonio de Remesal de las dificultades que existían cuando se intentaba llevar a cabo una masiva evangelización «... estando las gentes por montes y valles esparcidos...» (1966, vol. I, p. 362) (Mac Gregor, 1954, pp. 13-4).

Esta tendencia a la dispersión de la población que integraba aquellas comunidades agrícolas, se nos presenta como una de las características más sobresalientes del patrón precolombino de asentamiento humano de preferencia en regiones de compleja geografía o de clima cálido. Durante el horizonte Posclásico e incluso en la actualidad corresponden a menudo a áreas un poco marginales y de escasa demografía, rasgo que hasta cierto punto podría generalizarse para bastantes zonas de Mesoamérica, puesto que, por ejemplo, encontramos en fray Isidro Félix de Espinosa una referencia muy semejante a las anteriores para la región de Michoacán, cuando nos recuerda en su obra que: «para mejor efectuar el gran celo que tenía de la conversión de aquellas gentes, los persuadió (fray Martín de Jesús) el que dejasen los lugares ásperos y montuosos en que vivían y los hizo bajar a tierras llanas, fértiles y frescas, en donde fundó pueblos muy ordenados» (Espinosa, 1945, p. 142). Hay que tener en cuenta, en este sentido, que las citas podrían ser muy abundantes.

Aquel sistema de asentamiento de población de tendencia claramente dispersa, dentro del concepto de agrupamiento humano del Viejo Mundo, no concordaba, en absoluto, con los fines políticos, económicos y religiosos de los nuevos conquistadores (Mac Gregor, 1954, p. 14). Con el fin de controlar, mejor en otras palabras, someter con mayor facilidad la población indígena a los mandatos y leyes que la corona española preparaba para el Nuevo Mundo, se ordenaba al poder civil por medio de un «Real Mandato de su Majestad» expedido por el año 1549, el agrupamiento de la población indígena en los siguientes términos: «... procureis poco a poco, por la mejor vía que pudiereis, que los dichos indios se juntasen...» (Reyes, 1962, p. 27) (Mac Gregor, 1954, p. 14). Sin embargo, hay que tener en cuenta que la verdadera razón del problema residía en el hecho de que el patrón de asentamiento disperso de recia y continuada tradición meso-

americana presentaba graves inconvenientes en el campo político, dificultando el control de la población, en el económico entorpeciendo la utilización de forma desaprensiva de una gran cantidad de pacientes indígenas y sobre todo mano de obra barata sacada de los grupos borígenes sobrevivientes de la derrota física y moral de la conquista, y en el ámbito religioso las dificultades que suscitaba su evangelización por razón de aquella misma dispersión. Además teniéndolos juntos se controlaba mucho mejor cualquier intento de levantamiento o revuelta contra el pueblo opresor.

Algo semejante ocurriría al poco tiempo en el campo espiritual. Para lograr la implantación de la nueva religión en los territorios recién conquistados las autoridades eclesiásticas de acuerdo, en este punto, con las civiles, van siguiendo paso a paso la huella de la política de congregación llevada a cabo por los representantes en las colonias americanas de los monarcas españoles, decretando las órdenes mendicantes encargadas de la evangelización (en Chiapas casi exclusivamente los dominicos (ver mapa n.º 2) la reducción de los indígenas en los llamados «pueblos de indios» (Kubler, 1948, vol. I, p. 86) en las áreas de su asignación o influencia. Todo ello, de acuerdo con el criterio de las órdenes escogidas para realizar la conversión masiva de la población nativa, obedecía a necesidades estrictamente religiosas, «... para que los indios mejor y cómodamente puedan ser adoctrinados...». Puesto que, siguiendo el criterio de fray Antonio de Remesal, «... se ha deseado y procurado que fuesen reducidos a poblaciones, pues estando como solían divididos por los campos, no se podía tener de ellos la cuenta y cuidado que convenía...» (Remesal, 1966, vol. III, p. 1250). Insistiendo sobre este mismo concepto en otra parte de su obra, en verdad fundamental para el conocimiento de Chiapas durante este período, se refería fray Antonio de Remesal a esta idea, cuando con buenas intenciones, justifica la reunión de los indígenas en comunidades compactas, puesto que según su parecer se deben: «...de juntar los naturales en pueblos, para que viviendo en comunidad recibiesen mejor la ley de Cristo Nuestro Señor» (1966, vol. I, p. 362). Con este constante y obstinado control de la población aborigen se evitaría que los «naturales» cayeran de nuevo en sus «... demoníacas idolatrías...».

A pesar de esta insistente y generalizada tendencia a la reducción de las comunidades indígenas dispersas o agrupadas en otras más grandes y compactas, parece ser que no todas las órdenes mendicantes seleccionadas para la conversión de la población nativa, estaba de acuerdo con esta idea o propósito y mucho menos con los métodos con los que se llevaba a cabo. Para evitar el daño irreparable que se hacía contra aquella indefensa población, algunas órdenes religiosas estaban tratando de encontrar sistemas o formas de control más conciliadores, actitudes menos drásticas y sobre todo algo más de acuerdo con las costumbres y hábitos de los indígenas, tratando de conservarles, al menos en parte, la ilusión de su tradicional forma de vivir por medio de su ancestral patrón de asentamiento (Kubler, 1948, vol. I, p. 86).

Coincidiendo pues, en sus fines políticos, económicos y religiosos los españoles emprendieron de inmediato la reducción de la población indígena en congregaciones, al mismo tiempo que se repartían sus tierras, realizando el trabajo de reacómo de manera casi simultánea con la conquista y, haciéndolos efectivos —conquista y reacómo— con la ayuda de la evangelización, llevada a cabo por medio de las tres órdenes mendicantes, de las que en Chiapas tan sólo dos, en realidad una —los dominicos— colaboraron en el trabajo (Calnek, 1970, p. 106) (De Gante, 1947, p. 29) de cambiar de lugar a los diversos grupos de aborígenes. De esta manera suavizaron la rigidez del sistema por la oposición que a menudo mantuvieron los dominicos a estos métodos tan drásticos de reacómo de la población indígena (ver m-2). Algunos de los nuevos establecimientos compactos fundados, la mayor parte de ellos poco después de la segunda mitad del siglo XVI, encima de comunidades indígenas (Chiapa de Indios, Ostuta), junto a ellas (Copanagustla), cerca de pequeñas aldeas (Teopisca, Amatenango del Valle) o en lugares con escasa habitación precolombina en las cercanías (San Cristóbal de las Casas) fueron asentamientos permanentes que con el transcurso del tiempo se han transformado, en su mayoría, en las poblaciones actuales de Chiapas. De entre ellas cabría destacar por su importancia, en la actualidad: Comitán y San Cristóbal de las Casas en las Tierras Altas, y Tuxtla y Chiapa de Indios en la Depresión Central.

Hoy día a pesar de haber ya transcurrido varios siglos de lucha para agrupar a la población indígena en comunidades compactas, nos damos cuenta que éstos siguen peleando por mantener, en donde con anterioridad existía, su antigua forma abierta de asentamiento, norma, conducta o proceder que si fue positiva por cientos de años antes de la conquista y durante ésta puede seguir siéndolo en la actualidad. Ello viene a demostrarnos que la situación con la que se enfrentaron los primeros conquistadores y religiosos del siglo XVI, sería muy semejante a la que todavía prevalece en algunas zonas marginales de los Altos de Chiapas; o sea, la persistencia de un patrón de asentamiento en la forma de pequeños grupos habitacionales a la manera de rancherías más o menos extensas reunidos sus componentes alrededor de un manantial, cerca de los campos de cultivo, al fondo de una barranca o valle pequeño, a lo largo de una ruta de comercio o cualquier otro elemento capaz de dar vida a la pequeña comunidad, manteniendo estrechas relaciones socio-culturales con el resto de la población a través de los actuales «centros ceremoniales» (Borhegyi, 1956, pp. 104-5) (Adams, 1970, p. 45). Centros que en la mayor parte de las ocasiones están compuestos de humildes poblados que giran en torno de una plaza más o menos bien configurada en cuyo perímetro se levantan los locales del estamento civil (presidencia municipal, juzgado, prisión), del religioso (iglesia y sus dependencias), servicios culturales (la escuela) y comerciales (farmacia y tiendas de comestibles). La población dispersa por las cercanías acude al centro político-religioso para

cumplir con los menesteres a los que está obligado en su condición de ciudadano, regresando poco después. Por esta razón aquellos centros dan la sensación de ser núcleos de escasa incidencia, casi deshabitados a excepción de ciertas festividades civiles o religiosas en las que la población dispersa por los alrededores acude y llena de inusitado movimiento, aprovechando la intercomunicación, con ferias y mercados. Conjuntos que se aproximan a lo que se ha dado en llamar «concourse centers» (Borhegyi, 1956, pp. 101-5). Mientras que en las poblaciones fundadas en las partes bajas de los valles más extensos, fuera sobre la base de un núcleo de población precolombina o de nueva localización, los grupos indígenas asentados en ellos, han permanecido viviendo alrededor de la plaza de grandes dimensiones en la que también se localizan las construcciones civiles y religiosas más notables desde la época de su fundación, pero la plaza, en algunas ocasiones, casi no se utiliza en la actualidad, reduciéndola o mutilándola (Comitán).

Por los datos arqueológicos obtenidos hasta ahora, esta situación pudo haber sido muy semejante a la que prevaleció en la mayor parte de los valles del Altiplano y en la Depresión Central durante el transcurso de las últimas etapas del horizonte Posclásico (Adams, 1970, pp. 62-65) (Borhegyi, 1965, vol. II, p. 61), tal vez desde mucho antes, formas de asentamiento que con cambios de escasa incidencia, han permanecido hasta hoy día, a pesar de los esfuerzos realizados durante la colonia y los gobiernos actuales, regímenes que, en realidad, siguen la misma teoría reductora y centralizadora después de aquélla.

BIBLIOGRAFÍA

- ADAMS, Richard. 1961. «Archaeological Reconnaissance in the Chiapas Highlands». *Los mayas del sur y sus relaciones con los nahuas meridionales*. VIII. Mesa Redonda. Sociedad mexicana de Antropología. México, D.F.
1970. «Patrones de cambio de la organización territorial». *Ensayos de Antropología en la zona central de Chiapas*. Instituto Nacional Indigenista. México, D. F.
- AGRINIER, Pierre. s/f. *Reconocimiento del sitio Varejonal, municipio de Jiquipilas, Chiapas*. Separata.
1975. *Mound 1 A, Chiapa de Corzo, Chiapas, México*. Papers of the New World Archaeological Foundation, n.º 37. Brigham Young University, Provo.
- BASAURI, Carlos. 1931. *Tojolobales, Tzeltales y Mayas*. Talleres gráficos de la Nación, México, D. F.
1940. *La población indígena de México*. Vol. II. Secretaría de Educación Pública. México, D. F.
- BLOM. FRANS and OLIVER LA FARGA. 1927. *Tribes and Temples*. The Tulane University of Louisiana. New Orleans.
- BORHEGYI, Stephan F. de. 1956. «Settlement Patterns in the Guatemala Highlands: Past and Present». *Prehistoric Settlement Patterns in the New World*. Viking

- Fund Publications in Anthropology, n.º 23. New York.
1965. «Settlement Patterns of the Guatemala Highlands». *Archaeology of Southern Mesoamerica*. Handbook of Middle American Indians, vol. 2. Austin.
- BROCKINGTON, Donald L. 1961. «A prolongation of the Preclassic Period indicated by the Ceramics of Santa Rosa, Chiapas». *Los mayas del sur y sus relaciones con los nahuas meridionales*. VIII Mesa Redonda, Sociedad Mexicana de Antropología. México, D. F.
1967. *The Ceramic of Santa Rosa, Chiapas, México*. Papers of the New World Archaeological Foundation, n.º 23. Brigham Young University. Provo.
- CALNEK, Edward E. 1970. «Los pueblos indígenas de las Tierras Altas». *Ensayos de Antropología en la zona central de Chiapas*. Instituto Nacional Indigenista. México, D. F.
- CÁMARA BARBACHANO, Fernando. 1966. *Persistencia y cambio cultural entre los tzeltales de los Altos de Chiapas*. Acta Antropológica, segunda época, vol. III, ENAH. México, D. F.
- CASTILLO TEJERO, Noemí. 1961. «Conquista y colonización de Chiapas». *Los mayas del sur y sus relaciones con los nahuas meridionales*. VIII Mesa Redonda, Sociedad Mexicana de Antropología. México, D. F.
- COE, Michael D. 1963. «Cultural Development in Southeastern Mesoamerica». *Aboriginal Cultural Development in Latin America: An Interpretative Review*. Smithsonian Miscellaneous Collections, vol. 146, n.º 1. Washington.
- CULEBRO, C. A. 1939. *Chiapas Pre-histórico, su arqueología*. Folleto n.º 1. Huixtla.
- CULBERT, T. Patrick. 1965. *The Ceramic History of the Central Highlands of Chiapas*, México. Papers of the New World Archaeological Foundation, n.º 19. Brigham Young University. Provo.
- DAHLGREN JORDÁN, B. 1966. «Sobre algunos aspectos de la etnografía prehispánica de Chiapas». *Summa Antropológica en Homenaje a Roberto J. Weitlaner*, INAH. México, D. F.
- DE GANTE, Pablo C. 1954. *La arquitectura de México en el siglo XVI*. Editorial Porrúa, S. A. México, D. F.
- DE LA MAZA, Francisco. 1956. «Arte colonial en Chiapas». *Ateneo, Chiapas*, n.º 6. Tuxtla Gutiérrez.
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal. 1968. *Historia verdadera de la Conquista de Nueva España*. vol. II. Biblioteca Porrúa, n.º 7, Editorial Porrúa, S. A. México, D. F.
- ESPINOSA, Isidro Félix de. 1945. *Crónica de la Provincia Franciscana de los Apóstoles san Pedro y san Pablo de Michoacán*. México, D. F.
- ESQUINCA, José Luis. 1968. *Chiapas en la cultura*. Editorial Núñez, S. A.
- FOSTER, George M. 1962. *Cultura y Conquista: la herencia española en América*. Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Veracruzana. Xalapa.
1969. «The Mixe, Zoque, Popolucan». *Ethnology*. Handbook of Middle American Indians, vol. VII. Austin.
- FUENTES GUZMÁN, Francisco Antonio de. 1882. *Historia de Guatemala. Recordación Florida*. Biblioteca de los Americanistas. Luis Navarro editor. Madrid.
- GARCÍA, Gregorio. 1982. *Origen de los Indios del Nuevo Mundo e Indias Occidentales*. Fondo de Cultura Económica. México, D. F.
- GARCÍA SOTO, J. Mario. 1970. *Geografía General de Chiapas*. México, D. F.
1964. *Soconusco en la Historia*. México, D. F.
- GUSSINYER, Jordi. 1972. «Rescate arqueológico en la presa de 'La Angostura' (primera temporada)». *Boletín INAH época II*, n.º 1. México, D. F.

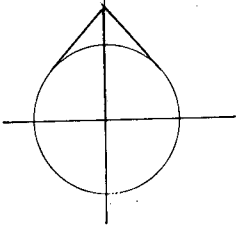
- 1972a. «Segunda temporada de salvamento arqueológico en la presa de 'La Angostura', Chiapas». *Revista ICACH*, segunda época, n.º 5-6. Tuxtla Gutiérrez.
1973. «Tercera temporada de salvamento arqueológico en la presa de 'La Angostura', Chiapas». *Revista ICACH*, segunda época, n.º 7-8. Tuxtla Gutiérrez.
1974. «Notas sobre la arquitectura arqueológica del centro de Chiapas». *Anales del INAH*, época 7.ª, tomo IV. México, D. F.
- GUSSINYER, Jordi. 1976. *Localización de los primeros núcleos de población colonial, en chiapas*. Revista ETHNICA n.º 12, Barcelona.
- HELBIG, Karl M. 1964. *La Cuenca Superior del río Grijalva*. Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas. Tuxtla Gutiérrez.
- IXTLILXOCHITL, Fernando de Alva. 1965. *Obras históricas de don Fernando de Alva Ixtlilxochitl*. Editora Nacional. México, D. F.
- KUBLER, George. 1948. *Mexican Architecture of the Sixteenth Century*. Yale University Press, 2 vols. New Haven.
- LANDA, fray Diego de. 1966. *Relación de las cosas de Yucatán*. Editorial Porrúa, S. A. Biblioteca Porrúa, n.º 13, México, D. F.
- LEE Jr., Thomas A. 1978. «The historical routes of Tabasco and Northern Chiapas and their relationship to early cultural developments in Central Chiapas» *Mesoamerican Communication Routes and Cultural Contacts*. Papers of the New World Archaeological Foundation, n.º 40. Brigham Young University Provo.
- LÓPEZ GUTIÉRREZ, Gustavo. 1942. *Chiapas y sus epopeyas libertarias*. 3 vols. Tuxtla Gutiérrez.
- LOWE, Gareth W. 1959. *Archaeological explorations of the Upper Grijalva River, Chiapas, Mexico*. Papers of the New World Archaeological Foundation, n.º 2. Orinda.
1962. *Mound 5 and minor excavations, Chiapa de Corzo, Chiapas, Mexico*. Papers of the New World Archaeological Foundation, n.º 12. Brigham Young University. Provo.
1965. «Archaeological Survey of the Chiapas Coast, Highlands, and Upper Grijalva Basin». *Archaeology of Southern Mesoamerica*. Handbook of Middle American Indians, vol. 2. Austin.
- LOWE, Gareth W. et al. 1960. *Excavations at Chiapa de Corzo, Chiapas, México*. Papers of the New World Archaeological Foundation, n.º 8-11. Brigham Young University. Provo.
- MAC GREGOR, Luis. 1954. *El Plateresco en México*. Editorial Porrúa, S. A. México, D. F.
- McANDREW, John. 1965. *The Open-Air Churches of Sixteenth-Century, Mexico*. Harvard University Press. Cambridge.
- McVICKER, Donald F. 1970. «Cambio cultural y ecología en el Chiapas central prehispánico» *Ensayos de Antropología en la zona central de Chiapas*. Instituto Nacional Indgenista. México, D. F.
- MILES, S. W. 1965. «Summary of Preconquest Ethnology of the Guatemala-Chiapas Highlands and Pacific Slopes». *Archaeology of Southern Mesoamerica*. Handbook of Middle American Indians, vol. 2. Austin.
- MÜLLERRIED, Federico K. G. 1957. *La Geología de Chiapas*. Gobierno Constitucional del Estado de Chiapas. México, D. F.
- NAVARRETE, Carlos. 1961: «Investigaciones arqueológicas acerca del problema chiapaneco». *Los mayas del sur y sus relaciones con los nahuas meridionales*. VIII Mesa Redonda Sociedad Mexicana de Antropología. México, D. F.
1966. *The Chiapanec History and Culture*. Papers of the New World Archaeolo-

- gical Foundation, n.º 21, Brigham Young University. Provo.
1973. «El sistema prehispánico de comunicaciones entre Chiapas y Tabasco». *Revista ICACH*, segunda época, n.º 7-8. Tuxtla Gutiérrez.
- OLVERA, Jorge. 1951. «Copanaguastla, joya del plateresco en Chiapas». *Revista Ateneo de Chiapas*, n.º 2. Tuxtla Gutiérrez.
- PIÑA CHÁN, Román. 1961. «Reconocimientos arqueológicos en el Estado de Chiapas». *Los mayas del Sur y sus Relaciones con los Nahuas Meridionales*. VIII Mesa Redonda Sociedad Mexicana de Antropología. México, D. F.
1967. *Atlas arqueológico de la República Mexicana*, n.º 3, Chiapas. Instituto Nacional de Antropología e Historia. México, D. F.
- REMESAL, Fray Antonio de. 1966. *Historia general de las Indias Occidentales y particular de la Gobernación de Chiapas y Guatemala*. 4 vols. Editorial José Pineda Ibarra. Guatemala.
- REYES GARCÍA, Luis. 1962. «Movimientos demográficos en la población indígena de Chiapas durante la época colonial». *La Palabra y el Hombre*, n.º 21, Xalapa.
- RICARD, Robert. 1947. *La Conquista Espiritual de México*. Editorial Jus. México, D. F.
- STANISLAWSKI, Dan. 1946. «The origen and spread of the Grid-Pattern Town», *Geographical Review*, vol. 36.
- THOMAS, D. Norman. 1974. *Envidia, brujería y organización social: un pueblo zoque*. Colección Sepsetentas, n.º 166. México, D. F.
- TRENS, Manuel B. 1957. *Historia de Chiapas*. vol. 1. México, D. F.
- SANDERS, William T. 1961. *Ceramic Stratigraphy at Santa Cruz, Chiapas, México*. Papers of the New World Archaeological Foundation, n.º 13. Brigham Young University. Provo.
- SHOOK, Edwin M. and Tatiana PROSKOURIAKOFF. 1956. «Settlement Patterns in Meso-America and the Sequence in the Guatemalan Highlands». *Prehistoric Settlement Patterns in the New World*. Viking Fund Publications in Anthropology, n.º 23. New York.
- VIVÓ, Jorge. 1942. «Geografía Lingüística y Política Prehispánica de Chiapas y Secuencia Histórica de sus Pobladores». *Revista Geográfica del Instituto Panamericano de Geografía e Historia*. Tomo II, n.º 4-6. México, D. F.
1954. *La integración de Chiapas y su agregación a la nación Mexicana*. Separata. Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. México, D. F.
1961. «Esbozo de geografía física y humana de Chiapas». *Los Mayas del Sur y sus relaciones con los Nahuas Meridionales*. VIII Mesa Redonda. Sociedad Mexicana de Antropología. México, D. F.
- VARIOS. 1978. *Forum et Plaza Mayor*. Editions E. de Boccard. Paris.
- VOGH, Evan Z. 1969. «Chiapas Highlands». *Ethnology*. Handbook of Middle American Indians, vol. 7. Austin.
- WAIBAL, Leo. 1946. *La Sierra Madre de Chiapas*. Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. México, D. F.
- WARD-PERKINS, J. B. 1974. *Cities of Ancient Greece and Italy: Planning in Classical Antiquity*. George Braziller. New York.
- WILLEY, Gordon R. 1953. *Prehistoric Settlement Patterns in the Virú Valley, Perú*. Bureau of American Ethnology Bulletin, n.º 155. Washington.
1956. «Problems concerning Prehistoric Settlement Patterns in the Maya Lowlands». *Prehistoric Settlement Patterns in the New World*. Viking Fund Publications in Anthropology, n.º 23, New York.

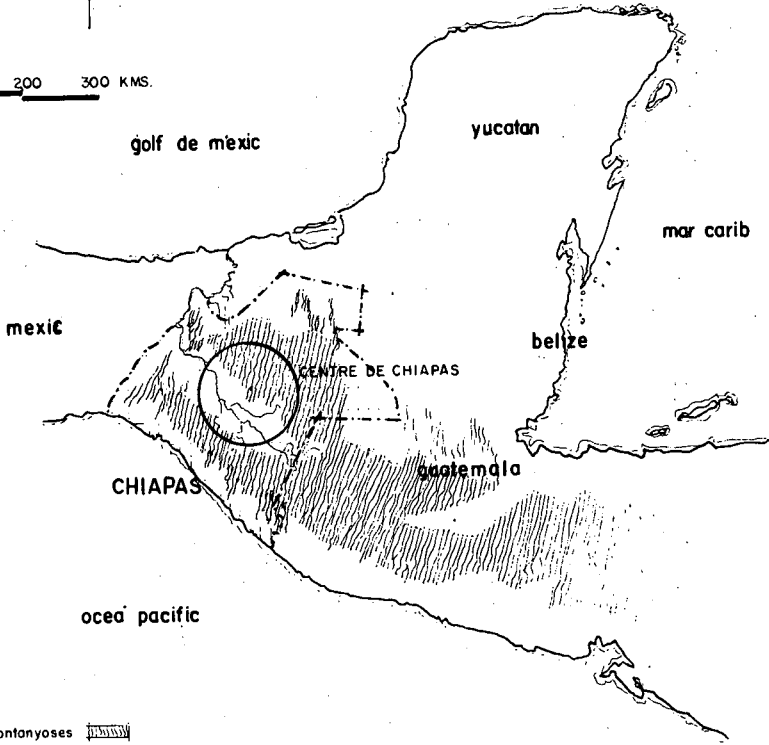
WARREN, Bruce W. 1961. «The Archaeological sequence at Chiapa de Corzo». *Los Mayas del Sur y sus relaciones con los Nahuas Meridionales*. VIII Mesa Redonda. Sociedad Mexicana de Antropología. México, D. F.

ANEXO I

Mapas

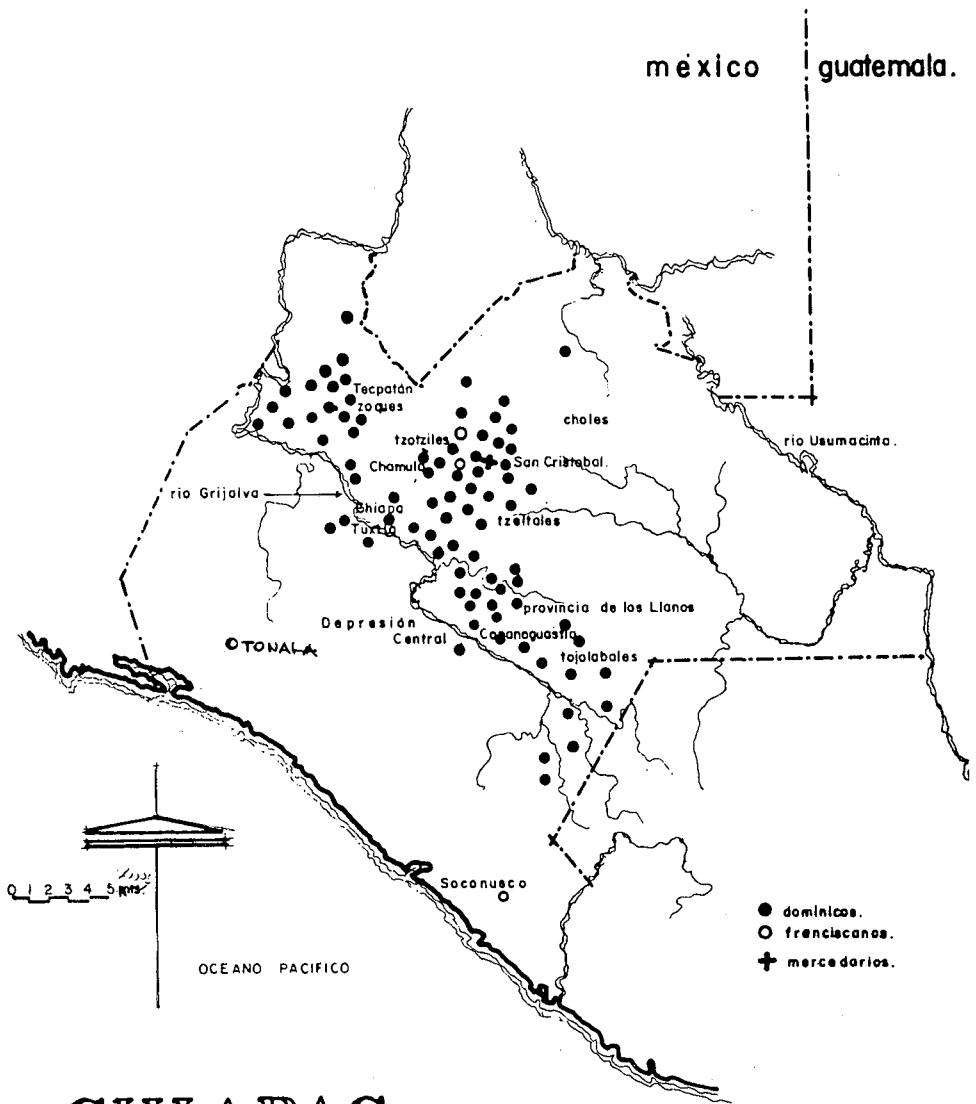


0 50 100 200 300 KMS.



LOCALITZAGIO CENTRE DE CHIAPAS.

M·I



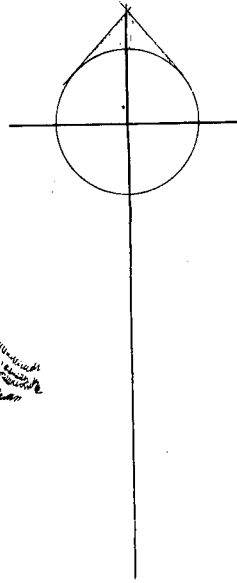
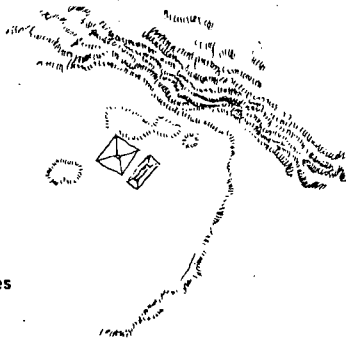
CHIAPAS

localización de fundaciones religiosas del siglo XVI-XVII

M 2



ANEXO II
Planos

0 50 100 200 metres

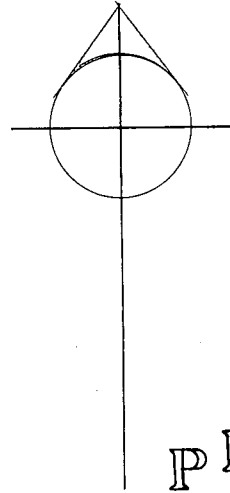


lloc. MERCEDES DE LA MARIA

periode: PRE-CLASSIC SUPERIOR. (Adams.1970).

estructures ceremonials. 
estructures d'habitacio. 

0 100 200 300 400 metres.

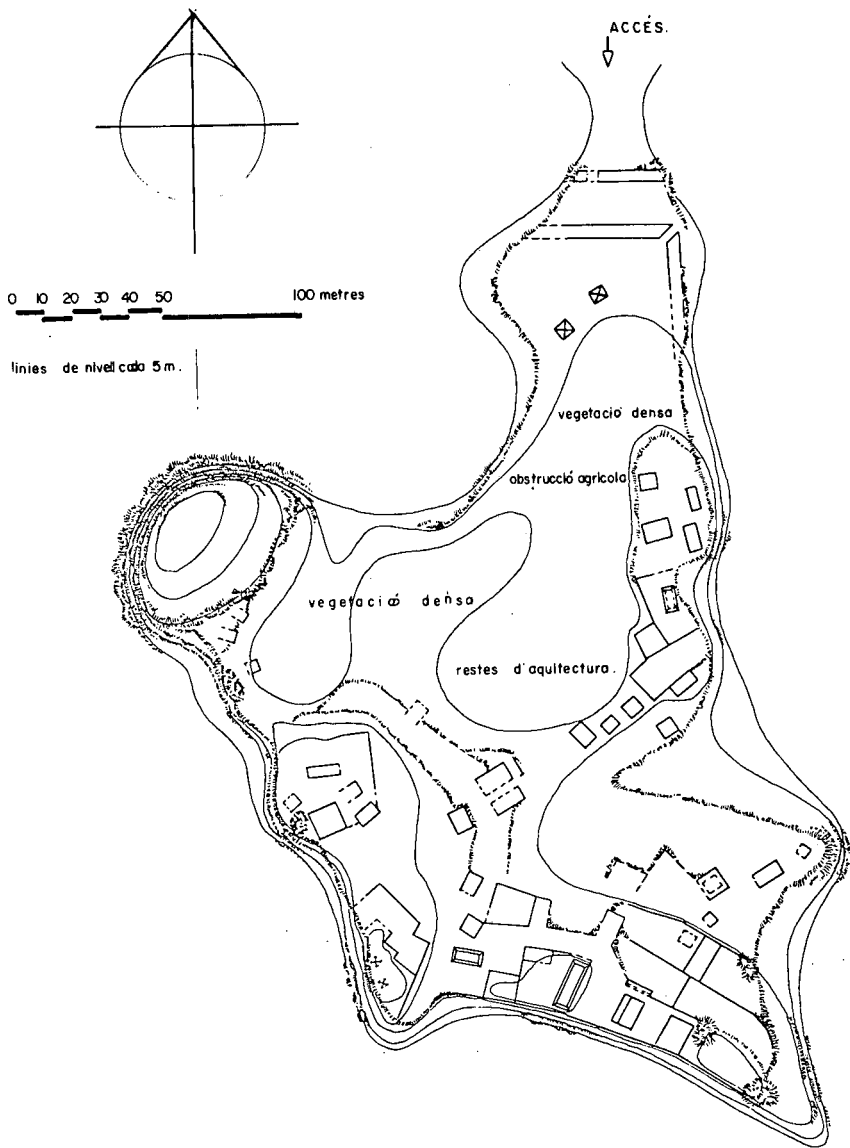


ALTIPLA.

lloc. CERRO XAKILTIK.

Periode: PROTO-CLASSIC. (Adams.1970)

Pl



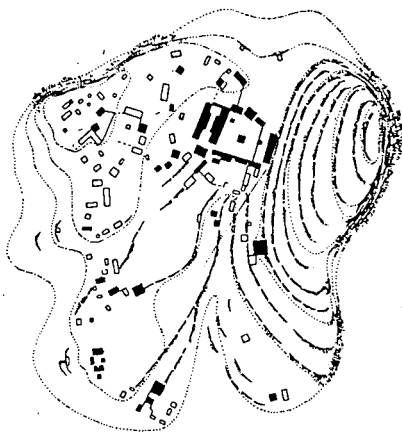
ALTIPLA.

lloc. CERRO CHAVIN.

periode: FINALS DEL CLASSIC. (ADAMS. 1970)

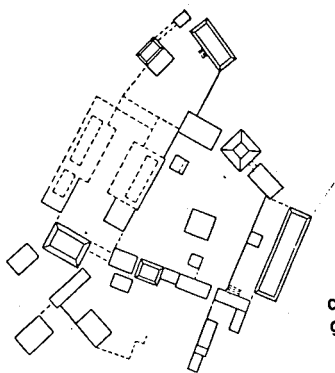
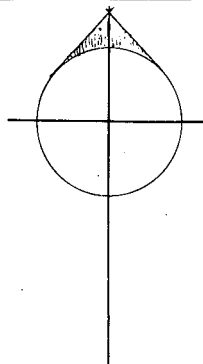
P 2

Estructures cerimonials. 



conjunt.

0 50 100 200 300 metres.



centre ceremonial
grup mes important.

0 10 20 30 40 50 60 metres.

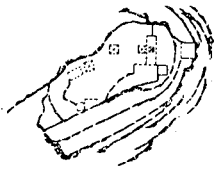
linies de nivell cada 5 ms:

ALTIPLA.

lloc. SANTO TON.

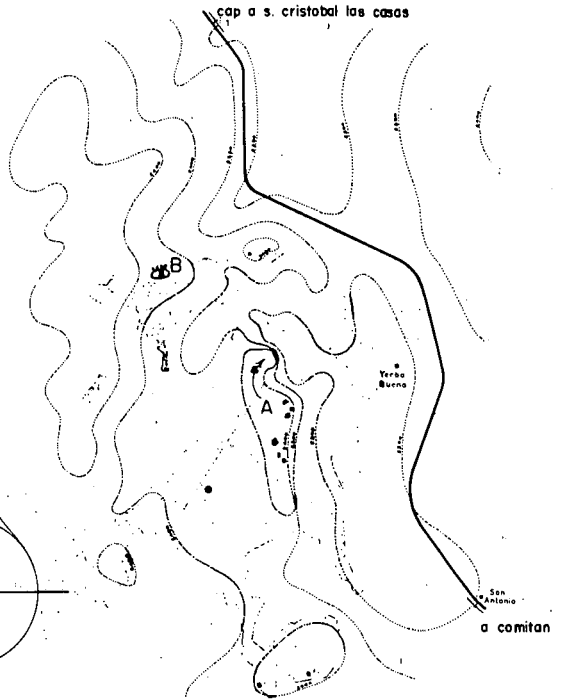
periode: FINALS DEL CLASSIC (ADAMS. 1970)

P 3



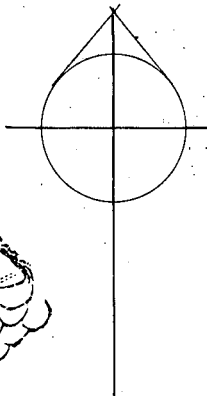
grup ceremonial B

0 50 100 metres



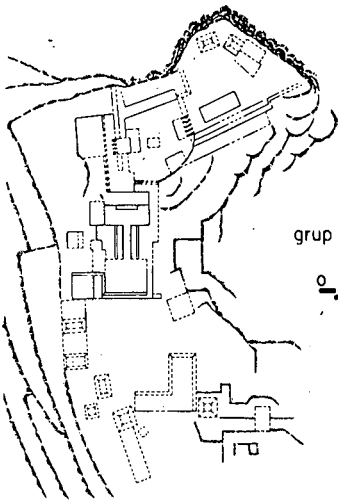
petites estructures ceremonials ●
 areas d'habitacio i conreu. ■■■■

0 500 1000 metres



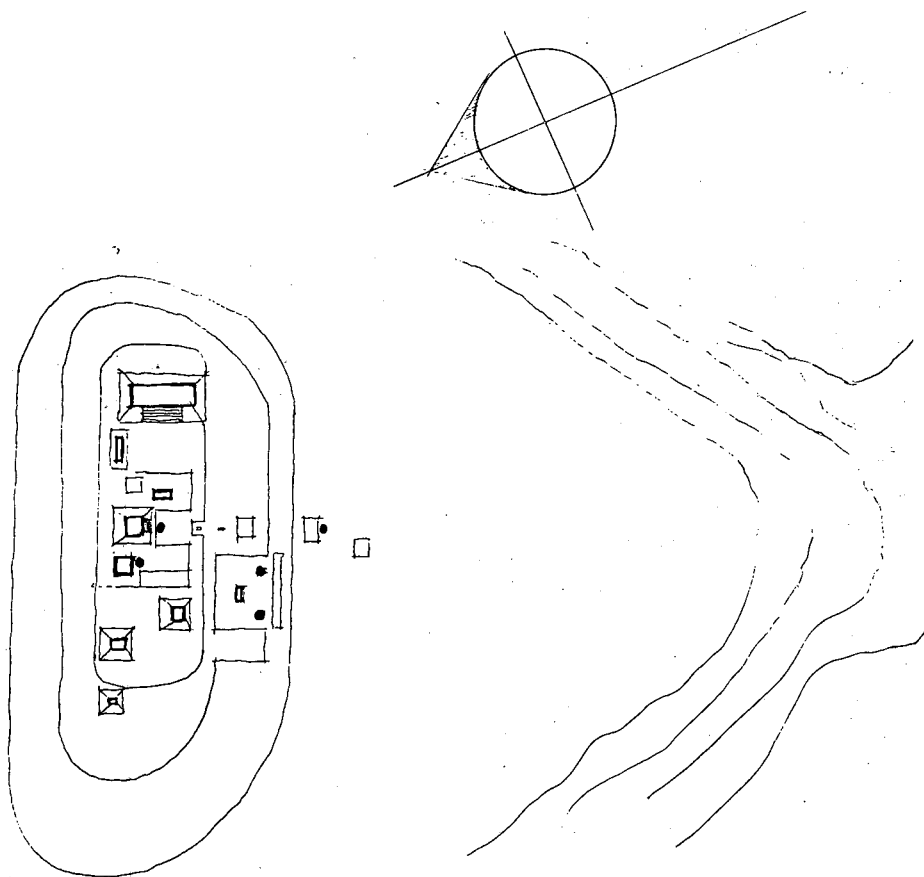
grup ceremonial A.

0 50 100 metres



ALTIPLA.
lloc. YERBA BUENA.
 periode: CLASSIC FINAL (CULBERT. 1965)





ESTRUCTURES RELIGIUSES MES IMPORTANTS.

ESTELES ●

ESC. 1: 2500 aprox.

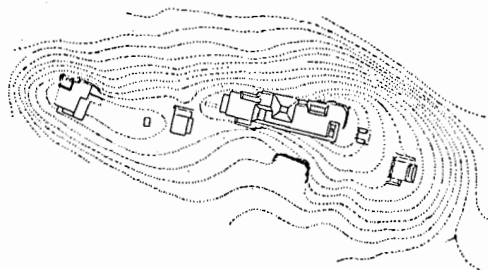
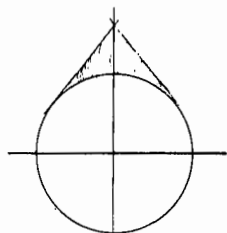
ALTIPLA.

lloc. TENAM PUENTE. (CROQUIS)

període. CLASSIC - POST-CLASSIC. (BLOM. 1927)

p 5

0 50 100 200 metres.



linies de nivell cada metre.

san Cristobal las Casas.

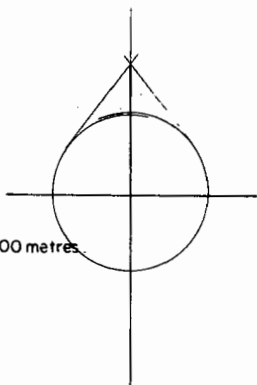


localitzacio.

lloc. MOXVIQUIL.
periode: classic POST-CLASSIC.

(Adams. 1970)

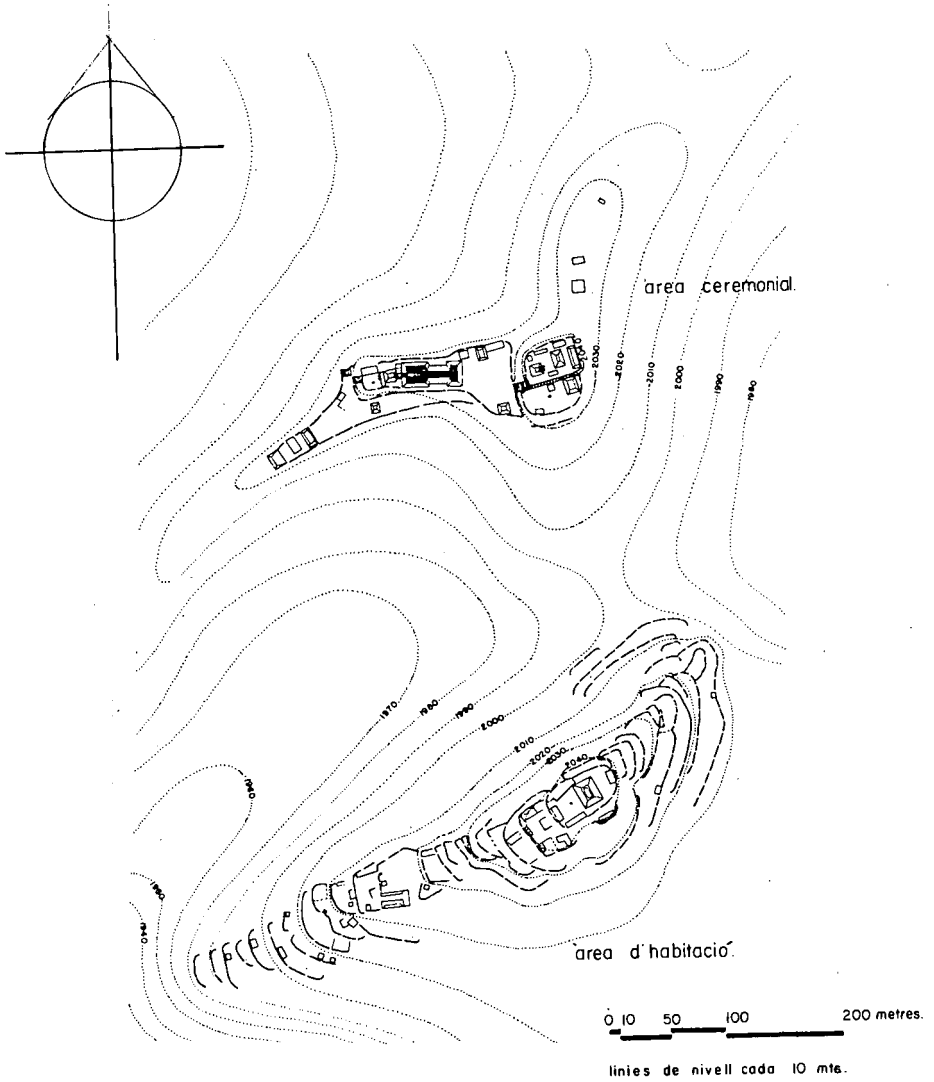
0 100 200 metres.



linies de nivell cada 10 metres.

ALTIPLA.
lloc. RANCHO SAN NICOLAS
periode: FINALS DEL CLASSIC. (Culbert. 1965)

P6



ALTIPLA.

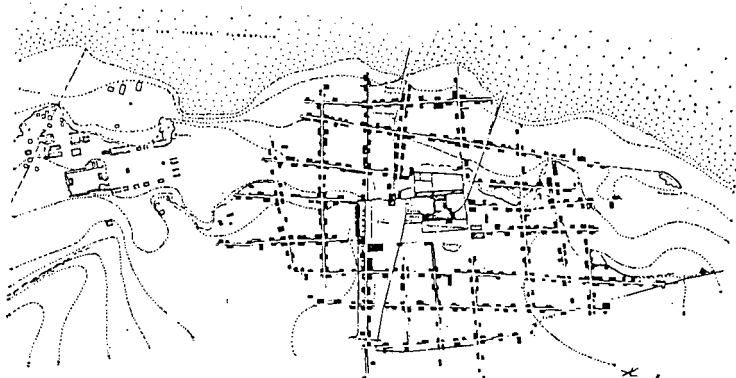
Ifoc. SAN GREGORIO

periode: PRINCIPIS DEL POST-CLASSIC (CULBERT. 1965)




p⁷

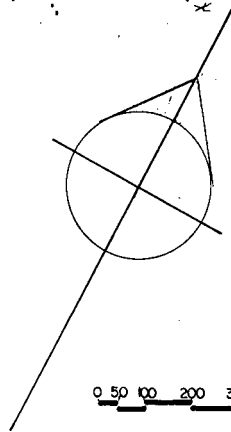
riu son vicente.

POBLACIÓ COLONIAL



CENTRE CEREMONIAL PRE-COLOMBI

estructures religioses pre-colombines 
cases-habitació pre-colombines 
possibles cases-habitació colonials 

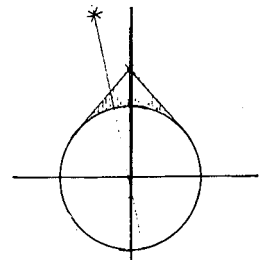
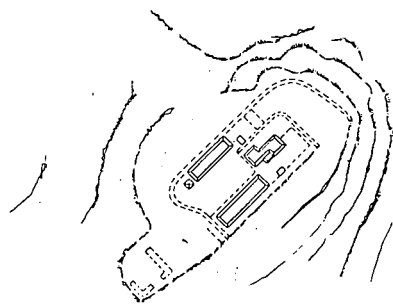


ALTIPLA (PART BAIXA)

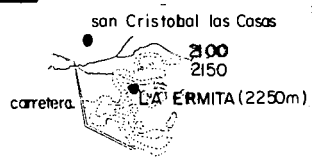
lloc. COPANAGUASTLA.

període: POST-CLASSIC (ADAMS. 1970)

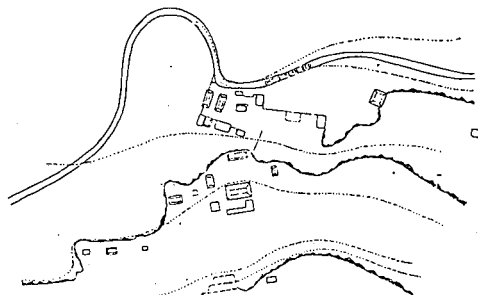
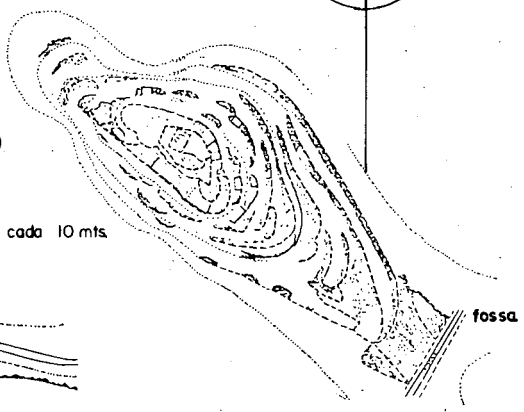
P 8



lloc. SAN JUAN DE LA HAMACA
 periode: POST-CLASSIC FINAL (Adams. 1970)
 0 50 100 metres.

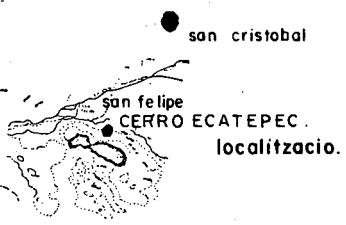
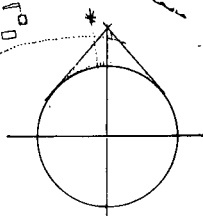


localitzacio. linies de nivell cada 10 mts.



lloc. LA ERMITA.
 periode: POST-CLASSIC FINAL
 0 50 100 metres (Adams. 1970)

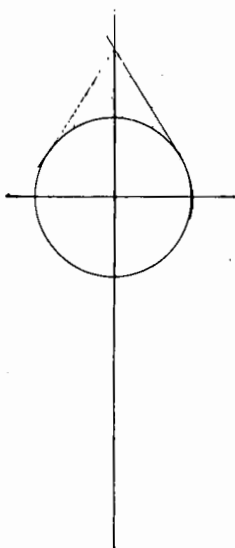
0 50 100 metres
 linies de nivell cada 5 mts.



ALTIPLA.

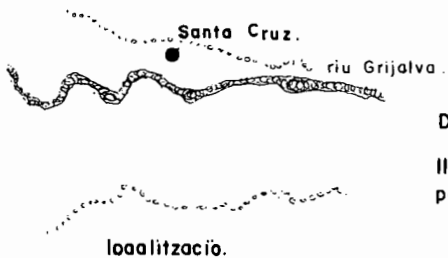
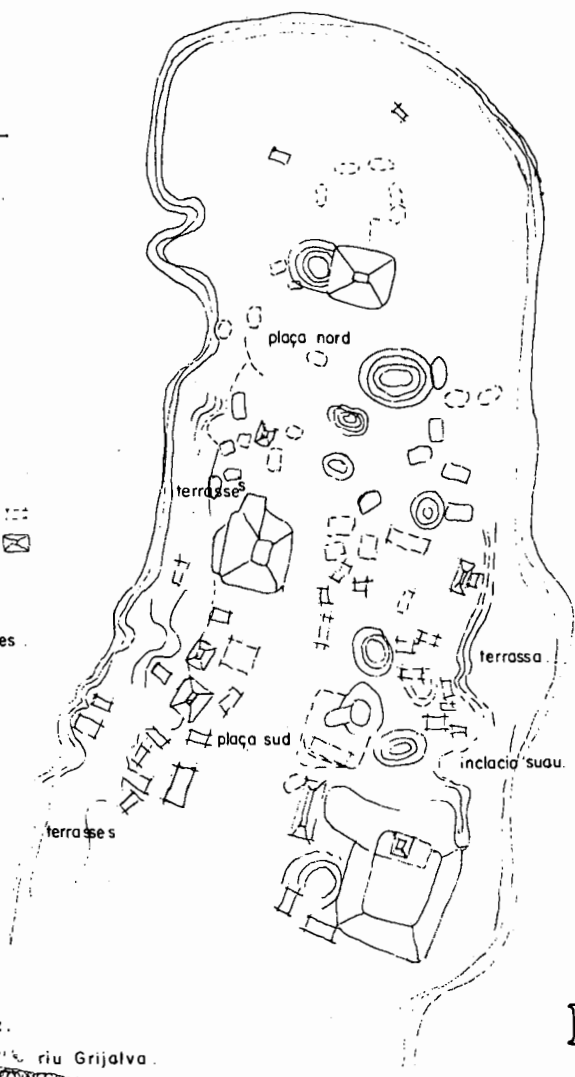
lloc: CERRO ECATEPEC
 periode: POST-CLASSIC FINAL.

P 9



estructures d'habitacio. □ □ □ □
 estructures ceremonials. ⊠ ⊠

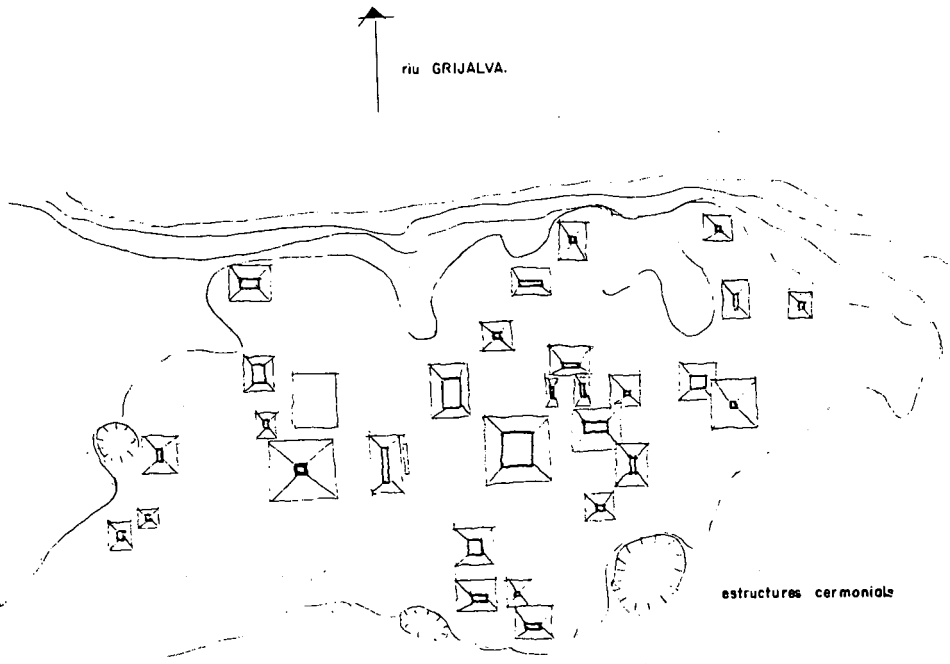
0 25 50 75 100 metres



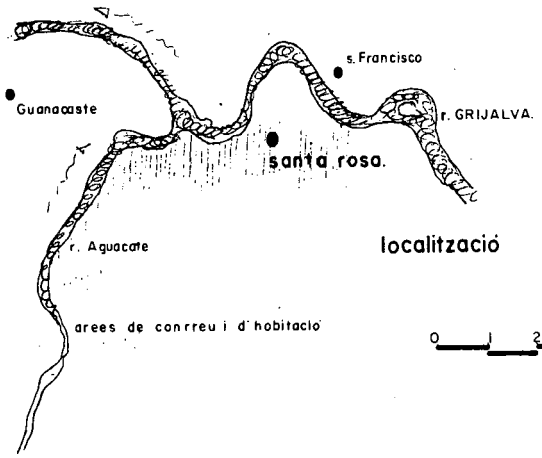
DEPRESSIO CENTRAL.

lloc. SANTA CRUZ. (Sanders, 1961)
 període. PRE-CLASSIC. classic.

PIO



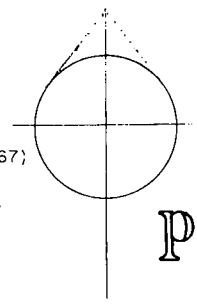
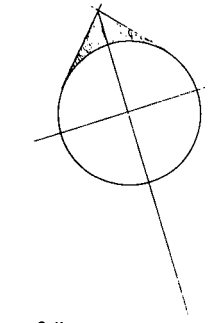
0 50 100 200 300 metres.



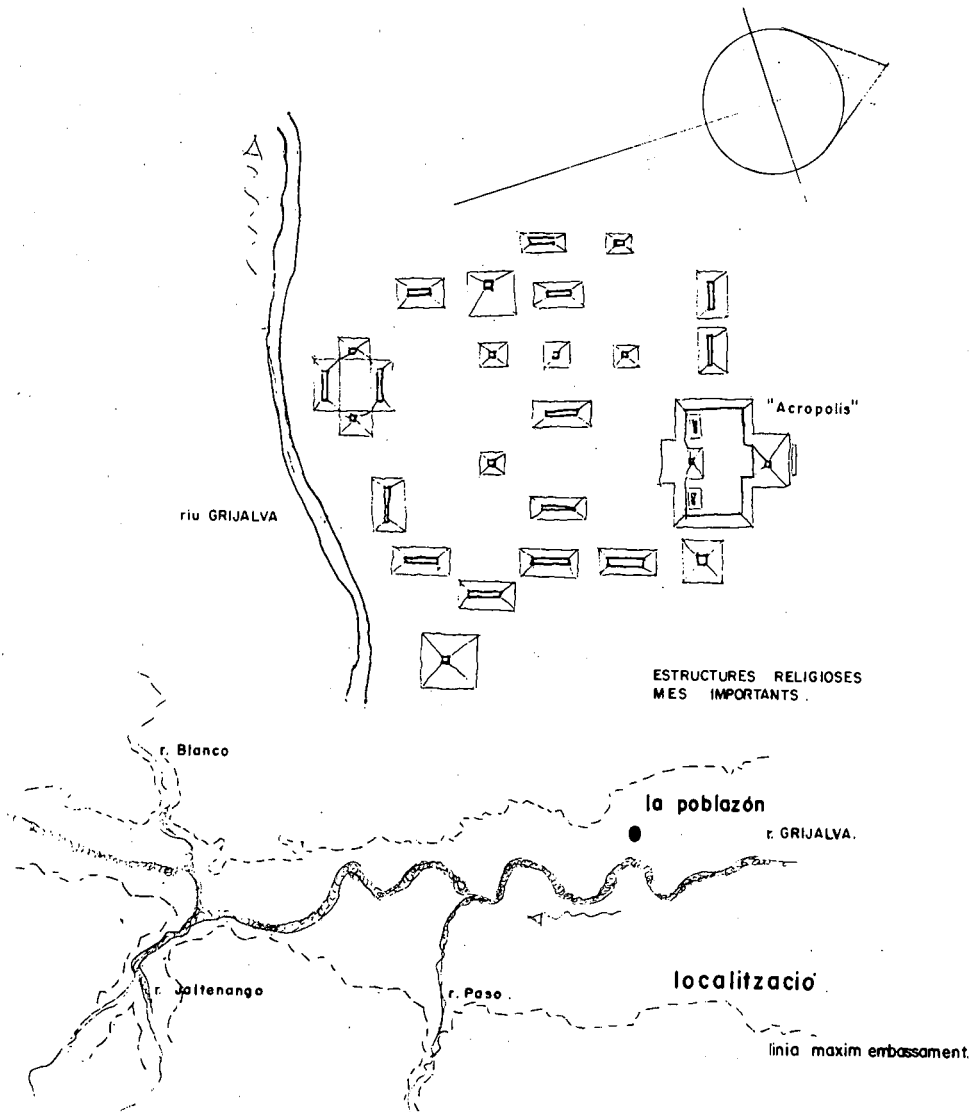
0 1 2 3 4 5 Kms.

DEPRESSIO CENTRAL
 Il·loc. SANTA ROSA.

periode: PROTO-CLASSIC, CLASSIC (BROCKINGTON. 1967)



P 11



DEPRESSIO CENTRAL
 lloc. LA POBLAZON (CROQUIS)
 període: CLASSIC (PIÑA CHAN. 1967)

p 12



riu Grijalva.

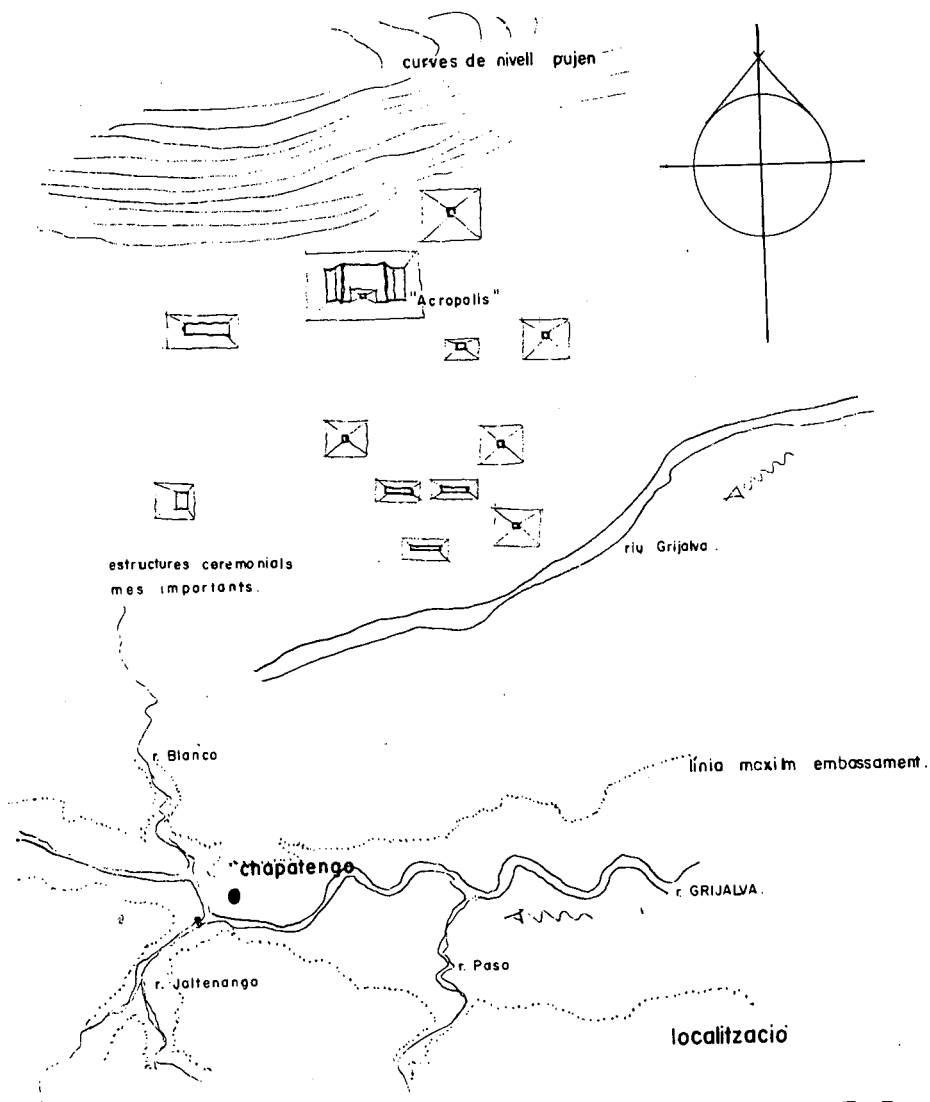
0 50 100 200 metres

p 13

DEPRESSIO CENTRAL

lloc. LAGUNA FRANCESA.

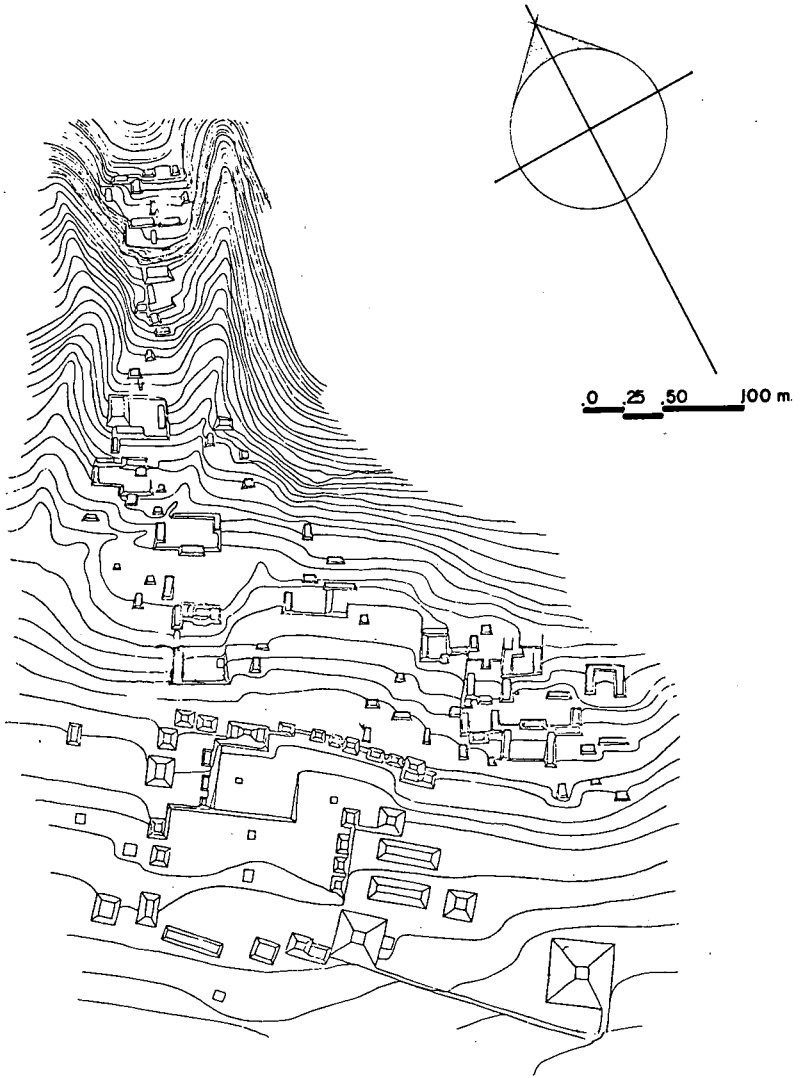
periode: pre-classic, CLASSIC, post-classic (GUSSINYER. 1974)



DEPRESSIO CENTRAL
 lloc. CHAPATENGO. (CROQUIS)

periode: FINALS DEL CLASSIC (PIÑA CHAN, 1967)

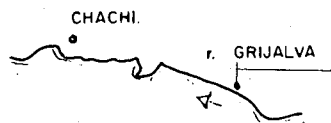
p 14



DEPRESSIO CENTRAL

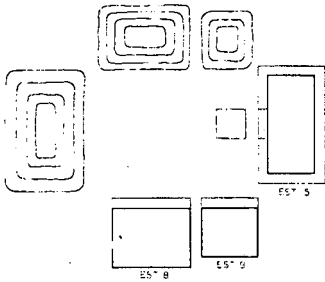
lloc. CHACHI.

període: FINALS DEL CLASSIC (GUSSINYER. 1972)

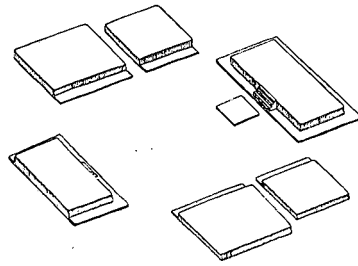


localització

p 15

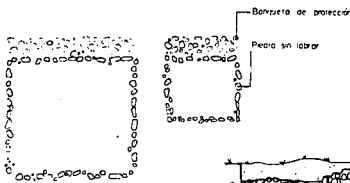


PLANTA DE CONJUNTO (una de las unidades.)

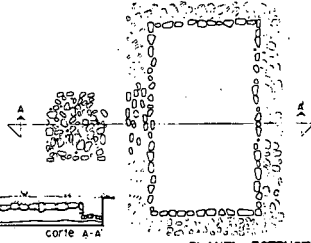


PERSPECTIVA (interpretación)

ESC. 1:200

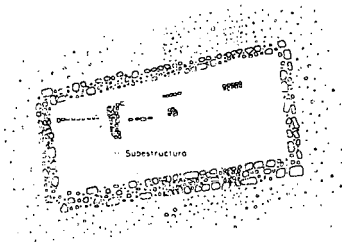


PLANTA ESTRUCTURAS 8 Y 9

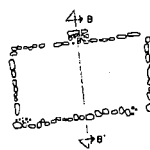
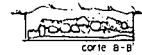
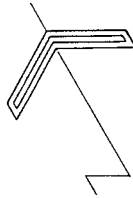


PLANTA ESTRUCTURA 5

R I O B L A N C O A40C
(plantas y perspectiva)



A 45, SAN FRANCISCO (planta)



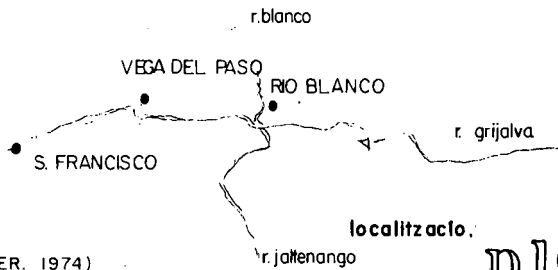
A 37, VEGA DEL PASO (planta)

DEPRESSIO CENTRAL

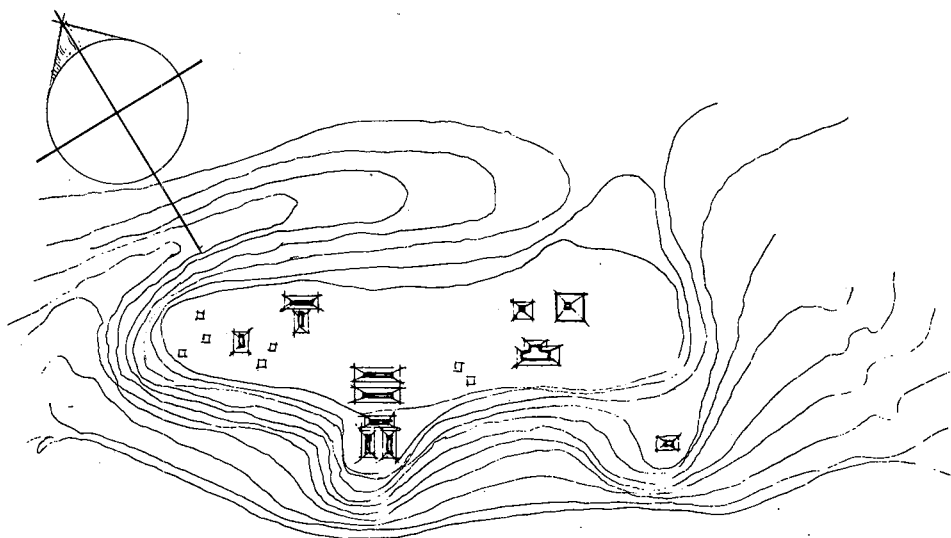
arquitectura civil.

CASES-HABITACIO'

periede: CLASSIC (GUSSINYER. 1974)



p16



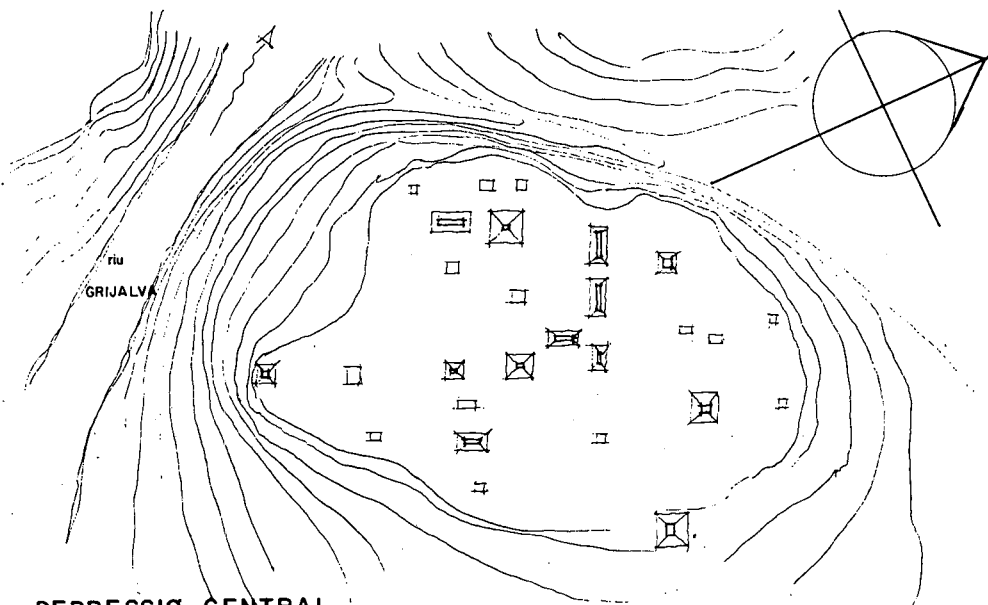
lloc.

SAN FELIPE (CROQUIS)

periode: classic POST-CLASSIC (PIÑA CHAN, 1967)

riu GRIJALVA

ESTRUCTURES RELIGIOSES
MES IMPORTANTS



DEPRESSIO CENTRAL

lloc. **EL SALVADOR** (CROQUIS)

periode: classic, POST-CLASSIC (PIÑA CHAN, 1967)

p 17

ANEXO III
Fotografías

COMENTARIOS A LAS FOTOGRAFÍAS (1)

a). Ambiente geográfico

F - 1.— Tierras Altas de Chiapas. Detalle del valle de Zinacantan con la población del mismo nombre. Nótese la iglesia y el resto de los edificios públicos, conformando el área más compacta del pueblo; el resto, las viviendas de los campesinos, dispersas entre sus milpas.

Zinacatan fue en época precolombina un importante centro relacionado con el ambiente cultural mexicano. En la actualidad sigue siendo un lugar de encuentro, tanto civil como religioso de uno de los grupos indígenas más conocidos de la Altiplanicie chiapaneca.

F - 2.— Altiplano de Chiapas. Finca "El Rosario", entre San Cristóbal las Casas y Comitán, junto a la carretera Panamericana. Tanto la arquitectura como la vegetación nos muestran el ambiente de clima templado o frío típico de esta región de Chiapas. La arquitectura, con sus característicos arcos, columnas de madera y las cubiertas muy inclinadas de tejamanil, peculiares de una buena parte de las tierras altas de Chiapas. Los techos con el paso del tiempo van siendo substituidos por los de tejas y en la actualidad por lámina de zinc; fría, calurosa y ruidosa.

La tupida vegetación de bosques de robles, encinos y coníferas completan los rasgos de un medio geográfico frío y abrupto.

F - 3.— Depresión Central (área centro-oriental). Una pequeña parte de la extensa y alargada planicie que forma el valle del curso superior del río Grande. En primer término montículos arqueológicos del sitio conocido con el nombre de Chapatengo. Al fondo el cauce del río Grijalva escondido entre la vegetación que da lugar su cercanía. Más allá las primeras estribaciones de la Sierra Madre de Chiapas que limita por el sur la Depresión Central. Cabe destacar el ambiente árido y poco arbolado de las partes alejadas del cauce del río Grande o de sus afluentes. (2)

F - 4.— Sección oriental de la Depresión Central. Ambiente geográfico y vegetación en los alrededores de las ruinas de la población colonial de Copanaguastla. La sensación de una extensa llanura con abundantes grupos de palmeras acentúa la impresión de aridez de esta parte extrema de la Depresión Central. Aridez que en esta zona de Copanaguastla y sus alrededores se atenúa por medio de una gran abundancia de agua y la cercanía del río San Vicente (nombre dado al río por los fundadores de la población en recuerdo a San Vicente Ferrer importante santo de la orden de Santo Domingo).

En primer término montículos de casas-habitación cercanas a las dependencias monacales del conjunto colonial.

b) Un lugar muy significativo de la Depresión Central

F - 5.— El sitio arqueológico de Finca Laguna Francesa (horizonte Clásico medio, tardío y Posclásico) localizado junto al río Grande. En la foto se muestra la impresionante "acrópolis" con el espectacular escalonamiento de sus tres extensas plazas a diferentes niveles, perfectamente trazadas y delimitadas por estructuras arquitectónicas de una gran calidad. Al fondo, en la parte superior de la foto, el juego de pelota de grandés proporciones realizado con el sistema de marcadores. Laguna Francesa fue por la amplitud de su centro ceremonial la población más importante de la Depresión Central. (2)

(1) Las fotografías son del autor a excepción de la 5 y 6.

F - 6.— Característico vaso de manufactura maya con restos de policromía encontrado en una de las ofrendas de la población arqueológica de Finca Laguna Francesa. Su centro ceremonial fue un importante foco de irradiación de la cultura maya por la mayor parte de la Depresión Central.

No sólo en la arquitectura se percibe la huella inconfundible de los mayas; en otros muchos aspectos de su actividad cultural, como en esta muestra de cerámica, se puede constatar su exquisita presencia.

c) Unas muestras de los sistemas constructivos en la arquitectura arqueológica del Centro de Chiapas

F - 7.— El Vergel, un pequeño, pero muy importante sitio arqueológico (horizonte Preclásico-Protoclásico). Restos casi completos de uno de los juegos de pelota más antiguos de Mesoamérica, localizado en la Depresión Central de Chiapas. Nótese los taludes laterales que limitaban la cancha de juego, con piedras sin labrar colocadas sobre un núcleo de tierra (piedra calcárea muy abundante en aquella área), recubiertas posteriormente con barro batido y endurecido.

En el centro uno de los marcadores de piedra de una sola pieza toscamente circular y burdamente labrada. (2)

F - 8.— Sitio arqueológico conocido con el nombre de Santa Cruz (horizonte Preclásico-Protoclásico-Clásico) de gran duración temporal, localizado junto al río Grande. Su etapa de máximo desarrollo correspondería al horizonte Protoclásico. Época en la que en su centro ceremonial se proyectaron varias plazas perfectamente diseñadas y pensadas para una determinada función y capacidad, limitadas por estructuras religiosas proporcionadas a su tamaño. En la foto detalle de una de ellas en la que los cantos rodados muy bien colocados y sabiamente utilizados formaban el material básico de construcción. Todos los elementos arquitectónicos (muros de contención, alfardas, escalinatas, etc.) construidos con aquel material y las de la parte superior iban recubiertos de una gruesa capa de burdo estuco con restos de pintura roja en algunas partes. (2)

F - 9.— Depresión Central, sitio arqueológico de San Francisco. Extenso e importante centro ceremonial localizado en el margen derecho del río Grijalva. En él se muestran los típicos sillares de recubrimiento de la arquitectura del Clásico para una buena parte de esta región natural de Chiapas. Se trataba de unos sillares de pequeñas dimensiones perfectamente labrados y en forma de cuña en la parte posterior, con la finalidad de fijarse y penetrar con mayor facilidad en el núcleo de tierra y piedras de las estructuras arquitectónicas. El resultado final eran unas superficies tersas al tacto y lisas de acabado, lo cual les daba a los muros un magnífico aspecto. Lástima que, para nuestro gusto, se recubrían, en muchas ocasiones, con una muy delgada capa de fino estuco. (2)

F - 10.— Otro aspecto de acabados arquitectónicos en construcciones importantes. Se trata, en esta ocasión, del sitio arqueológico de finca Laguna Francesa, que muestra los tradicionales y magníficos sillares de recubrimiento, en una de las estructuras religiosas de la parte superior de la "acrópolis". Nótese en la parte posterior del muro exterior, los muros de contención propiamente dichos que detenían el núcleo de la estructura, construidos con sillares de mucha menor calidad. Constructivamente hablando eran muy importantes, pero quedaban ocultos por una gruesa capa de tierra y piedras; después, cubriendo todo ese conjunto, venía el muro exterior de recubrimiento magníficamente construido y acabado.

En el extremo derecho de la foto puede apreciarse parte de la gruesa alfarda que limitaba la gran escalinata central que conducía a la parte superior de la "acrópolis". (2)

F - 11.— Una estructura arqueológica de Finca Angélica, sitio que correspondía, en su totalidad, al horizonte Posclásico de la Depresión Central (en él, en una de sus estructuras fueron encontrados importantes objetos de metalurgia).

Es característica de esta época la utilización de cantos rodados como material de construcción. Material abundante, de fácil obtención y que había dejado de emplearse durante el Clásico, pero vuelve a usarse en el Posclásico. Para el detalle de la escalinata, sencilla y sin alfarda, se siguen utilizando burdos sillares casi gruesas lajas con los que se lograba una mayor estabilidad. Una gran parte de las estructuras de finca Argelia se recubrían con una gruesa capa de estuco. Enfrente de la estructura se colocó una estela de la que sólo queda el arranque (centro derecho de la foto). (2)

F - 12.— Población arqueológica conocida con el nombre de Nueva Rosita (horizonte Posclásico). Se localizaba a orillas del río Jaltenango, afluente del Grijalva. El sitio era pequeño y pobre desde el punto de vista arquitectónico, pero en él sobresalía una estructura que se destacaba por su forma y tamaño. Su peculiar diseño consistía en la unión de una parte circular y otra rectangular, resultando una plataforma única, hasta ahora, en la arquitectura arqueológica de Chiapas.

El sitio de Nueva Rosita cercano a la población actual de Chicomuselo podría relacionarse con aquella área lingüística, región que en época precolombina estuvo relacionada con la cota del Golfo, en donde abundaron las estructuras circulares muy semejantes a la de Nueva Rosita. Nótese la utilización de grandes y aplanados cantos rodados único material constructivo empleados, su uso es total incluso en la escalinata sin alfarda (extremo derecho de la foto). Todo el conjunto se recubría con una gruesa capa de barro endurecido. El resto de las estructuras estaban construidas con los mismos materiales. (2)

d) Restos de casas-habitación

F - 13.— Restos definidos con toda claridad de una casa-habitación que parece ser no correspondería a una familia de campesinos. Se localizaba muy cerca de algunas de las estructuras religiosas del horizonte Clásico de finca Laguna Francesa. Impresiona su extenso perímetro perfectamente delimitado con grandes piedras la mayor parte de ellas toscamente labradas sobre todo en las esquinas, formando una plataforma de unos 60 centímetros de altura.

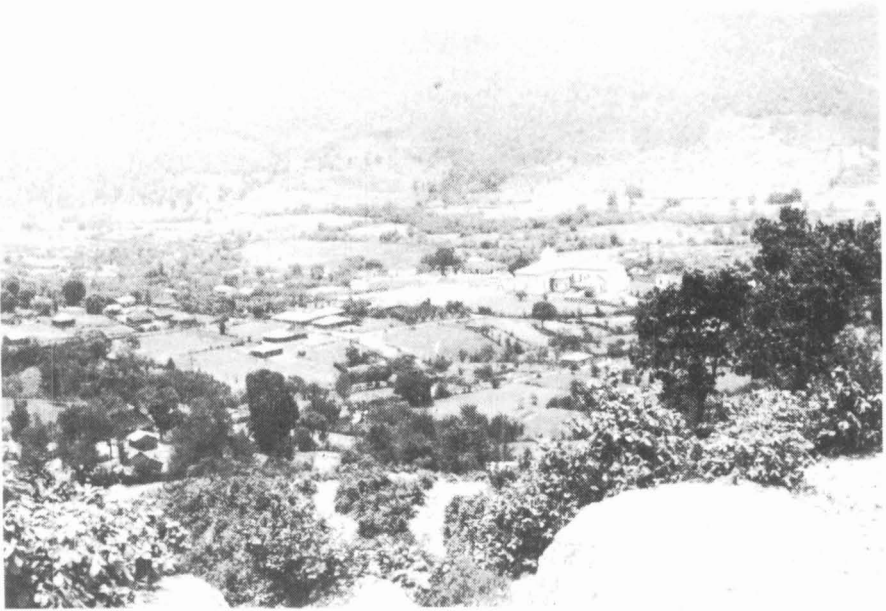
El acceso a la vivienda era claro y bien definido, con ausencia de piedras en el área del vano de la puerta, además un amplio escalón de extensa huella marcaba la entrada. Por su tamaño y cercanía a las estructuras religiosas podría corresponder a la etapa posclásica del sitio, por su cuidadosa construcción se relaciona con el horizonte Clásico, y por su amplitud podría tratarse de un almacén o función diferente a la de vivienda. (2)

F - 14.— Zona de varias casas-habitación en el sitio arqueológico de finca Argelia. Se excavaron durante el salvamento arqueológico dos, ambas de dimensiones muy grandes, tal vez para albergar más de una familia.

Para su construcción se utilizaron, en todas ellas, cantos rodados que delimitaban su perímetro y la banqueta que las rodeaba, como todavía hoy día puede observarse en las actuales. Los muros envolventes serían de bajareque y la cubierta de madera y zacate como en la actualidad.

El acceso estaba muy bien definido, como en el caso anterior, por un escalón, que en un cierto momento se amplió, era de escaso peralte pero de amplísima huella. (2)

(2) Este sitio está, en la actualidad, cubierto por las aguas de la presa de La Angostura.



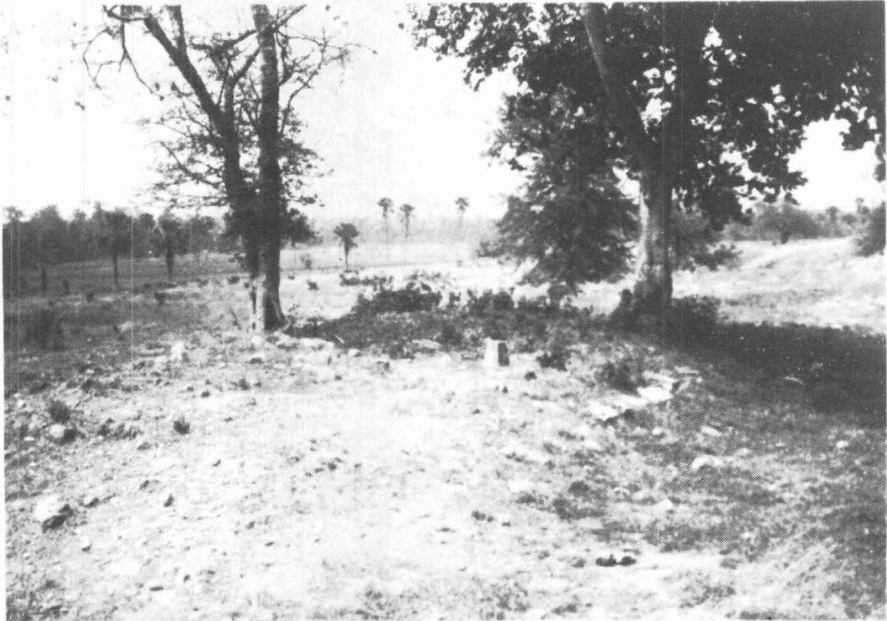
F - 1

F - 2

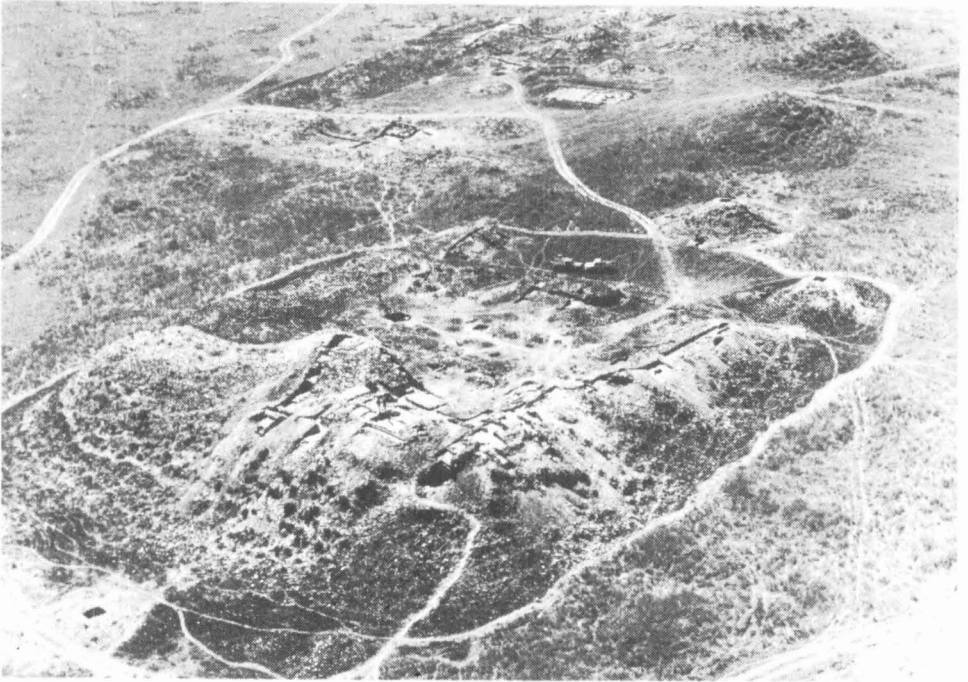




F - 3

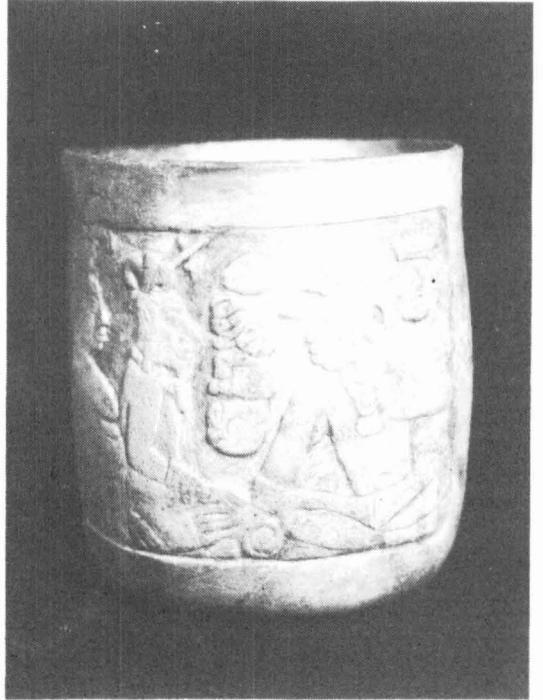


F - 4



F - 5

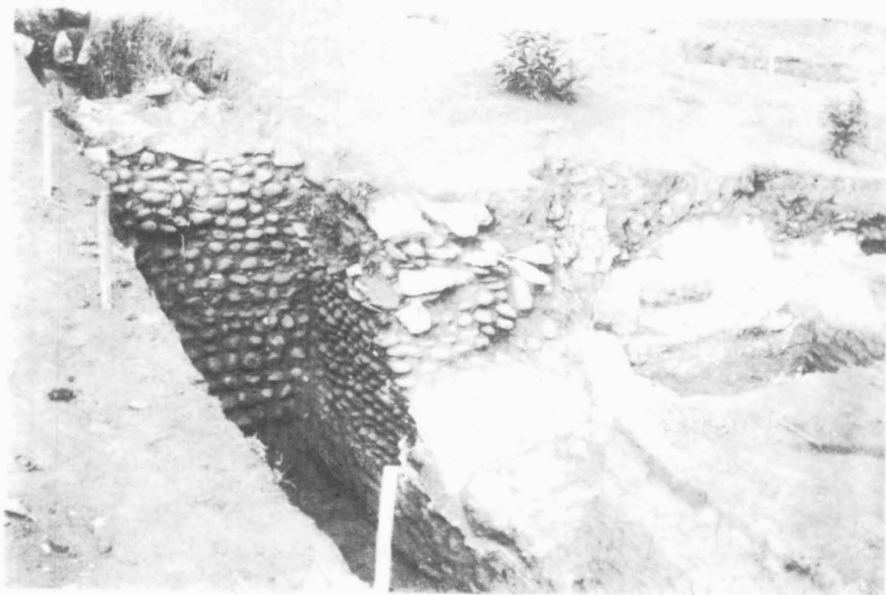
F - 6





F-7

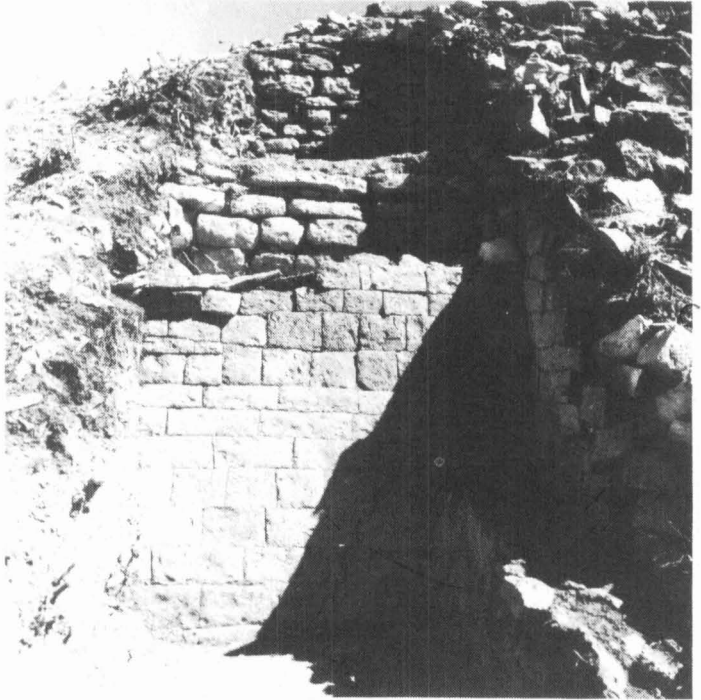
F-8





F - 9

F - 10





F - 11

F - 12





F - 13

F - 14

